


ET
VE RI
TAS
CHRISTO
ECCLESIAE

LA
FAMILIA,
POESÍAS

DE

DON JOSÉ PLÁCIDO SANSON.

Segunda edicion.

MADRID.
Imprenta de M. Tello, Preciados, 86.
1864.

POESÍAS.

LA FAMILIA,

POESÍAS

DE

DON JOSÉ PLÁCIDO SANSON.

Segunda edicion.

MADRID.
Imprenta de M. Tello, Preciados, 86.
1864.

A la memoria del ilustre literato y poeta D. Alberto Lista, en muestra de eterno agradecimiento.

El Autor.

ADVERTENCIA [1].

El autor de estas poesías luchaba en Canarias, su patria, con la incertidumbre de una carrera como la de las letras, que solo le atraia amargas censuras, cuando llegó á sus manos la siguiente carta:

«Sr. D. José Plácido Sanson.—Cádiz 23 de Mayo de 1843.—Muy señor mio y de todo mi aprecio: Al fin concluí la lectura de los *Ensayos poéticos* que V. ha tenido la bondad de remitirme con su apreciable del 2 de Febrero próximo pasado; y no es fácil expresar el efecto que me han causado.

»Dios, la virtud y el amor, que son los únicos tesoros del hombre, están cantados en sus composiciones de V. con la poesía del corazon, mil veces preferible á la de la imaginacion, aunque tambien la posee V. riquísima y variada. Con ella ha dado V. colorido á varios fenómenos literarios y naturales, pero mezclando con tintas brillantes el claro-oscuro de la incertidumbre de Hamlet; esa incertidumbre

---

(1) En esta segunda edicion, como verán los que conocen la primera, se han suprimido las escenas dramáticas sueltas y el drama entero *Víctima y Juez*, habiéndose añadido en cambio muchas composiciones nuevas. Así la obra tendrá más unidad en el conjunto. Es consejo de personas respetables, que el autor se ha apresurado á seguir.

que es tan propia de un poeta; porque un poeta no debe creer sino en el amor, en la virtud y en Dios.

»Estos versos me han electrizado; y á pesar de mis 68 años han renovado en mí, si no el genio, porque los muertos no resucitan, el placer de sentir y admirar. V. será un gran poeta, amigo mio. Ese pronóstico le dejo en herencia, ya próximo al sepulcro. No imite V. á Byron ni á Victor Hugo, poetas de cabeza, corazones prosáicos. Escriba V. por sí mismo; imite el lenguaje de Rioja, de Calderon: V. tendrá un lugar distinguido y merecido en nuestro Parnaso.

»Así se lo anuncia á V. (si valen algo los oráculos de los ex-poetas) su afectísimo y agradecido servidor y capellan Q. S. M. B.—Alberto Lista.»

La dedicatoria está explicada. El autor ha cumplido con un deber en que su corazon y su entendimiento marchan de acuerdo; lo único que siente es la pequeñez de la ofrenda tratándose de personaje tan insigne.

Varias de las composiciones comprendidas en este volúmen formaban parte de los *Ensayos poéticos* á que el inmortal crítico alude en su carta. Publícalas el autor, así como las demás, lleno de desconfianza, tanto por su natural timidez, cuanto por el grado de delicadeza con que se juzga hoy en materia de poesía.

Madrid 20 de Setiembre de 1853.

CUATRO PALABRAS.

Cuando querais formar acerca de un libro un juicio exacto, podeis someterlo á la prueba más fácil y quizá más segura, si es que el libro no está de antemano condenado por la Iglesia, que es la encargada de conservar entre los hombres la pureza de la moral y de las costumbres.

La prueba es sumamente sencilla.

Será muy difícil que entre vuestros amigos no tengais uno que sea padre. Pues bien: hacedle leer á este hombre el libro que querais juzgar, y despues que lo haya leido preguntadle si lo pondria en manos de su hija.

Si el libro es malo, os dirá que no; pero si ese hombre fuera tan corrompido que os dijera que sí, seria porque en vez de haber buscado á un padre, habriais buscado á un monstruo.

La libertad de leer se estrella frecuentemente en esa barrera.

Se cuenta que uno de esos novelistas franceses que han llenado la literatura de su patria de todos los extravios de la razon y de las pasiones, al conceder la mano de su única hija al que se la habia pedido por esposa le dijo estas palabras:

«Os llevais una alhaja; es jóven, es bella, es rica, y no ha leido ninguna de mis novelas.»

Este libre pensador habia establecido dentro de su casa la prévia censura contra sus mismas obras, en obsequio de la pureza y de la virtud de su hija.

¡Libertad de escribir! ¡Libertad de leer! ¡Libertad de pensar! ¿Por qué hemos de ser hipócritas? ¿Por qué no hemos de valernos de las palabras que más propiamente expresan la idea? ¿Por qué no hemos de decir, libertad de corromperse?

Un libro se parece á una planta en que tiene hojas; pues bien, hay plantas cuyo jugo es un veneno mortal. Hojas por hojas, son preferibles las que envenenan el cuerpo á las que envenenan el alma.

Si corromper el corazon y pervertir la inteligencia es un acto de la libertad, digamos sin titubear que la libertad es el más terrible y el más vergonzoso de los castigos que han podido imponerse á la soberbia humana.

Un libro es muchas veces una serpiente que nos muerde en el corazon, más todavía, que nos muerde en el alma.

Yo escribo estos renglones en las primeras páginas de un libro, porque es un libro en cuyas primeras páginas puedo escribirlas.

Este libro es un amigo honrado y sencillo á

quien yo abro francamente las puertas de mi casa.

No tengo inconveniente en que la dulce niña que en estos momentos juega alrededor de mi mesa, aprenda á deletrear las primeras sílabas en los renglones de estas páginas. No tengo inconveniente en que su madre ojee estos versos tristes y afables que han nacido tranquilamente al calor de dulces y castos afectos.

La Familia, este es el título: las alegrías y las tristezas, los temores y las esperanzas que pasan misteriosamente por ese mundo apartado, por ese mundo íntimo de la casa, ese es el asunto. Versos sencillos, conceptos delicados, tiernos afectos; hé ahí el libro. Un corazon recto y una inteligencia modesta y honrada; ese es el autor.

No busqueis aquí la literatura estrepitosa con que se aturde á la multitud de estos tiempos; no busqueis tampoco los efectos de luz ni la brillantez estudiada de los colores con que se la deslumbra. Aquí todo es sencillo, todo es tranquilo. No hay ninguna revelacion extraordinaria, no hay pensamientos atrevidos, no hay rasgos de genio; pero encontrareis reposo, sentimiento y bondad.

El autor no pretende sorprenderos, sino agradaros. No viene á deciros: hé aquí mi genio; solo os quiere decir: esta es mi alma.

Cada uno tiene su historia: unos cuentan sus aventuras; otros sus pasiones; otros, digámoslo. así, sus ideas: este viene como á confiaros sus sentimientos.

Despues que hayais leido este libro comprendereis que la fortuna no ha derramado sus locos beneficios sobre el modesto hogar bajo cuyo techo se han escrito tan fáciles, tan tiernas poesías; pero no encontrareis en ellas ni una queja contra la suerte.

Se ve padecer, pero no se oyen los quejidos.

Muchas veces he leido las poesías que llenan este tomo y que más inmediatamente se relacionan con el título del libro, y siempre me han dejado la misma impresion: me han entristecido y me han consolado.

No quiero entresacar y poner aquí como muestra las modestas bellezas que á menudo se encuentran en las páginas de este libro, porque el que lo lea las encontrará; y si tiene la desgracia de no encontrarlas, será inútil que yo se las busque.

Se dice que el mejor amigo es un libro: pues yo os presento este amigo que es un buen libro.

MADRID 1.° de Julio de 1864.

JOSÉ SELGAS.

RELIGION.

Astro de la mañana,
Perla del firmamento,
¡Oh religion cristiana!
Acoge el sentimiento
Que de mi pecho mana.

Eres miel que á raudales
De la divina fuente
Se desliza riente;
Bálsamo de los males,
Amparo del doliente.

Eres mirra ó incienso
Que en vaporosa nube
De Dios al trono sube;
Foco de amor intenso,
Suspiro de un querube.

Sublime melodía
De tus labios exhalas
Cuando amanece el dia,
Que de un ángel en alas
Baja á la tierra impía.

Es tu aliento un aroma,
Flor hermosa tu faz;
Por Nazareth asoma
Tu luz que baña á Roma
Como una luz de paz.

Y Roma la refleja
En el extenso mundo,
Y cuanto más se aleja
Mayores huellas deja
Resplandor tan fecundo!

Del Jordan la corriente
Con el rayo primero
Rieló de tu oriente:
¡Sonda del marinero,
Madre del indigente!

La caridad, tu hechura,
Á tu voz descendió
Desde la azul altura,
Y un rio de dulzura
Sobre el mortal vertió.

¡Tú la sed al sediento,
Divina lluvia, apagas!
¡Tú, maná del hambriento,
Hasta el último aliento
Curas sus hondas llagas!

Si el huérfano á tí eleva
Su frente de dolor
En la terrible prueba,
Tu labio al triste lleva
El ósculo de amor.

Todos á tí levantan
En este valle oscuro
Sus preces, y te cantan
Como puerto seguro
Sobre el mar, do adelantan.

El reo, ya esperando
Su postrimera hora,
¡Oh religion! te implora;
Y tu destello blando
Sus oraciones dora.

Te implora el que perdiera
Las prendas del cariño;
Te implora el tierno niño;
El que galas vistiera,
Y el que modesto aliño.

Acoge el sentimiento
Que de mi pecho mana,
¡Oh religion cristiana!
¡Perla del firmamento,
Astro de la mañana!

LA FLOR DEL TEIDE.

Á mi madre.

Entre los dones inefables, santos,
Que aureola son á vuestra casta frente,
Solo puedo ofreceros reverente
La humilde flor de mis sencillos cantos.

Flor que regara la virtud con llantos
Junto al cristal de la dormida fuente;
Emblema de un amor puro y ardiente,
Símbolo de deberes sacrosantos.

Vos, desde el cielo, á mi cruel fortuna
Luz de esperanza que en Oriente asoma,
La flor del Teide acogereis, ¡oh madre!

Tintas prestóle la modesta luna;
Perlas el alba, el sentimiento aroma;
Jugo mi tierno corazon de padre.

A MARÍA.

¿Te acuerdas, dí, mi dulce compañera,
La de ojos negros, la de airoso talle,
De aquellos breves, deliciosos dias,
En que aún el sol nos alumbraba amantes?
¡Mi universo eras tú!... Ni me importaba
De otras mujeres el mirar suave,
La graciosa sonrisa y trenza de oro,
La blanca tez, los labios de corales;
Tú así morena, superior mil veces
Me pareciste á las demás deidades
Que tapizan el suelo de mi patria,
Dó se alza el Teide, colosal gigante.
Todo el fuego del África en tus venas
El raudal encendia de tu sangre,
Y yo aspiraba un abrasado aliento
Cuando á tu lado me sentaba á hablarte.
¡Qué languidez en tus rasgados ojos!

¡Qué magia irresistible en tu lenguaje!
Una hechicera á veces te creia,
É intenté huir tu hechizo, pero en balde,
Que mis proyectos ¡ay! desbarataba
El inmenso poder de tu semblante.
Y arrepentido ante tus piés volvia,
Sumiso, tierno, más que nunca afable,
Más que nunca prendido entre tus redes,
Y más que nunca ansioso de adorarte.

¿Te acuerdas, vida mia? De un capricho
Víctima triste en lóbregos instantes,
Quebrantar quise la prision de flores
Que en derredor del cuello tú me echaste;
Y tus favores olvidé, perverso,
Y amedrentóme el porvenir, ¡cobarde!
Entonces ¡oh! ¡qué multitud de ideas,
Bajas, impuras, sin piedad, infames,
Sentí en mi corazon buscar abrigo,
Rápida viendo á la virtud fugarse!
Temblé, gemí: tus relucientes ojos,
Cansados de llorar á un inconstante,
Fueron mi antorcha en tenebrosas noches,
Fueron mi estrella en tempestuosos mares.
Á tí te debo mi virtud, ¡oh perla
Que oculta hallé en las playas del Atlante!
Tú, siempre fiel y generosa siempre,
De las garras del crímen me arrancaste.

Sin tí, los labios fétidos del vicio
En mí vertieran su ponzoña, y antes
De florecer, el árbol de mi vida
Troncharan los violentos huracanes...

¡Bendita, pues, mi dulce compañera,
Fuente de amor, afortunada madre!
¡La bendicion de Dios sobre vosotros,
Hijos y esposa, sonriendo baje!

LA LUNA[1].

Imitacion del aleman.

En occidente lucian
Del sol los rayos postreros,
Y de las altas montañas
Poco á poco descendiendo
Iba la apacible noche,
Y con ella los misterios.
Levantábase la luna
De su vaporoso lecho,
Coronada de brillantes,
Seguida por el lucero;
Ni una leve nubecilla
Turbaba su blando imperio,
Ningun planeta importuno
Daba sombra á sus reflejos.

(1) El original, que es de Jacobs, apenas tiene 27 renglones.

Rodeado de sus hijos,
Feliz, complaciente y tierno,
Estaba un padre gozando
De aquel magnífico cielo.
—¡Qué hermosa, qué hermosa luna!
Dijo en su dulce embeleso
El hijo mayor.—Parece,
Le contestó el más pequeño,
¿No ves?... la mitad de un arco...
Aquella con que yo juego,
Con que tiro tantas flechas,
Tantas...—¡Calla!... no seas necio...
Le interrumpió el otro niño,
Hasta entonces en silencio;
Lo que parece es la gola
Que llevan prendida al cuello
Los oficiales bizarros
Que guarnecen nuestro pueblo.
¡Cuánto diera yo por una!
—¡Vaya!... ¡Sois unos muñecos!
Dijo el mayor; ¡qué niñeces!
¡Comparar á esos objetos
La resplandeciente luna,
Toda una luna de Enero!
Volvióse entonces al padre
El irritado mancebo,
Y hablóle así:—Yo comparo
Ese astro que estamos viendo,

Á los círculos que forma
En el mar de nuestros puertos
El acompasado golpe
Del bien dirigido remo.
Línea que crece y se ensancha
Hasta redondearse, y luego
Mengua y se rompe y se extingue...
—¡Bravo! ¡Bien! gritó contento
El padre... que como padre,
Gozábase en el ingenio
De las prendas de su alma,
Flores del hogar doméstico;
Falta una cosa tan solo
Á ese símil...—Decid presto,
Repuso el alegre jóven,
Con sus puntas de soberbio.
—Crece y descrece la luna,
Como el círculo; esto es cierto.
Pero ¿y las nubes que suelen
Empañar su disco bello?
¿Dónde están?—Ya tu castillo
De naipes se vino al suelo!
Así exclamaron en coro
Los otros dos, satisfechos.
El uno añadió:—¡Lo aplaudo!
Y dijo el otro:—¡Me alegro!
Mirando á los tres el padre
Con un semblante risueño,

Les dijo: —Todos mostrado
Habeis singular acierto;
Mas, á tal astro es preciso
Buscarle un símil perfecto.
Es la luna como el hombre...
—¿Como el hombre?... No lo entiendo;
Gritó admirado el segundo.
—Ni yo, prosiguió el tercero.
—Pues yo sí: sois unos tontos,
Y no lo entendeis por eso;
Dijo el mayor. Nace el hombre,
Y crece y brilla algun tiempo;
Despues decae... y le abriga
Por último el cementerio:
Así la luna...—¡Bien! ¡Bravo!
Exclamó el padre de nuevo.
Mas ¿y las nubes? —¡Las nubes!...
Á la verdad... no comprendo...
Y el padre,—Son las desgracias,
Dijo con solemne acento,
Que de la humana existencia
Empañan los rayos tersos;
Porque todos han tenido
Dias de dolor acerbos;
Porque no hay nadie en el mundo
Que no haya dicho: ¡padezco!
No os asusteis, hijos mios;
Cobrad, al contrario, esfuerzo;

Si los trabajos son grandes,
Grande tambien es el premio.
El corazon inocente,
El hombre honrado... ¡creedlo!
No pierde la paz del alma,
Aunque se anuble su cielo.
Si al fin se extingue en la tierra
La luz que lleva en su pecho,
Otras regiones le aguardan,
Á ellas dirige su vuelo.
Allí la dicha es un rio
Siempre claro, azul, sereno,
Y él bebe sus puras aguas,
Y son sus bienes eternos.
¡Hijos!... ¡Valor!... La árdua senda
Guia á un magnífico templo.
Si los trabajos son grandes,
¡Grande tambien es el premio!

Calló. La luna entretanto
Hendia mares inmensos,
Coronada de brillantes,
Seguida por el lucero.
Ni una leve nubecilla
Turbaba su dulce imperio;
Ningun planeta importuno
Daba sombra á sus reflejos.

LA BIENAVENTURANZA.

Á mi madre.

El casto aroma que en redor vertias
Apenas respiré, ¡madre adorada!
Que por viento fatal arrebatada
Fuiste en mal hora á las caricias mias.

En un mundo de engaños y falsías
Do el vicio oprime á la virtud sagrada,
Quedé, cual tierna planta abandonada,
¡Ay! sin tu arrimo en mis primeros dias.

Luché, vencí: mi corazon ileso
Tras largo batallar, cantó victoria,
Cual canta libre el que gimiera preso;

Y en el puro cristal de tu memoria
Mirando ¡oh madre! mi deber impreso,
Gané las palmas de la eterna Gloria.

PLACIDO.

Mi primer hijo.

Era un reflejo del celeste brillo...
Sus ojos grandes, expresivos, negros;
De jazmines y rosas matiz puro
El color de su rostro placentero.

¡Cómo me entretenia suavizando
Con mi mano de padre sus cabellos!
¡Cuál me extasiaba, en sus mejillas de ángel
Ósculos mil ternísimo imprimiendo!

Todos al hijo mio celebraban...
«Serás feliz, de ese pimpollo tierno
Amantísimo padre,» me decian,
Y yo vagaba entre ilusiones ciego.

¡Oh qué locura es esperar!... Apenas
Diez y ocho lunas en sus ojos tersos
Reflejaran la luz, cuando el querube
Me dejó solo y remontóse al cielo.

Él ligó mi destino al de María;
De nuestro ardiente amor fué el don primero;
Y al mirarnos por siempre reunidos,
Tornó á cantar las glorias del Eterno.

¡Plácido!... ¡ruega por nosotros, ruega!
Vela de ahí sobre el hogar paterno...
Sobre el hogar que engalanaste un dia...
¡De la inocencia acoge Dios los ruegos!

LOS ESPOSOS.

¿Ves aquel campo frondoso
Que en la vecina llanura
Convida con su frescura,
Con tanto laurel pomposo,
Con tanta fruta madura?

Allí los dos ¡vida mia!
Las manos entrelazadas,
Horas pasamos un dia,
¡Ay! por lo cortas, preciadas,
Lejos de esa tierra impía.

Bellos son los arbolados
En sábanas de verdura
Como estátuas levantados;
Bellos los tendidos prados,
Bella el agua que murmura.

Hermoso es un limonero
Con su corona amarilla
Y con su aroma primero;
Dulce el canto lastimero
De enamorada avecilla.

Magníficos los parrales
Con sus racimos colgando,
Las uvas de oro ostentando,
Y á lo lejos los perales
Graciosos grupos formando...

¡Ven, llega, esposa del alma!
Y juntos nos sentaremos
Al pié de la erguida palma,
Y allí en apacible calma
Mil cosas nos contaremos.

¿Observas, dí, cómo el dia
Lentamente va muriendo
Inundado de armonía?
¿Sientes la melancolía
Que la noche va esparciendo?

Música se oye en los mares,
Música se oye en los montes
Que al cielo sirven de altares;
El aura toda es cantares,
Cantares los horizontes!...

¡Ven, llega, esposa del alma,
Y juntos nos sentaremos
Al pié de la erguida palma,
Y allí en apacible calma
Á ese mundo olvidaremos!

MELODÍAS HEBREAS.

Traduccion de lord Byron.

I.

She walks in beauty, like the night...

Hermosa se pasea, cual la noche
Que en ondas tiende su estrellado velo;
Cuanto hay mejor en brillantez y en sombras
Vése en sus ojos y en su blando aspecto;
Luz delicada y tierna
Que al ostentoso dia niega el cielo.

Desluciria su inefable gracia
Otra sombra no más, un rayo menos,
Gracia que rie en su semblante claro,
Gracia que posa en sus cabellos negros...
¡Brota en su frente pura
El raudal de sus puros pensamientos!

Y en su mejilla y en su dulce rostro,
De paz abrigo y de elocuencia espejo,
Seductoras sonrisas revelando
Al mundo van ese placer sereno
De un alma toda amores,
Toda inocencia y mansedumbre y sueños!

II.

Oh, snatched away in beauty's bloom...

Segada en el verdor de la hermosura,
Ningun sepulcro ponderoso debe
Tus restos oprimir. Cándidas rosas
Ornen tan solo tu esponjado césped;
Y el ciprés funerario
Y el sauce lloren tu temprana muerte.

Junto al arroyo que estos campos baña
Vendrá el Dolor con inclinada frente
Contínuo á meditar; su pié ligero
La yerba apenas doblará que crece
Sobre la humilde tumba,
Cual si tu sueño interrumpir temiese.

III.

My soul is dark—Oh! quickly string....

¡Sombría está mi alma!... El laud pulse
Tu hermosa mano, que aún oirlo puedo;
Y á sus sonidos que se lleva el aire
Deba mi corazon algun consuelo.
Si en él un rayo de esperanza existe
Con tu armonía brillará más terso,
Y si lágrimas quedan en mis ojos,
Aliviarán tan vivo ardor corriendo.

Mas, que tu canto desgarrante sea,
Pues la alegría para mí no quiero.
Necesito llorar, ó esta fatiga
Que así me abruma romperá mi pecho.
Ha devorado, de dolor nutrido,
Larguísimos pesares en silencio;
Y hoy... lo peor conocerá, estallando
Al rudo golpe, ó cederá á tu acento!

IV.

If that high world, which lies beyond...

Si traspasa el amor ese alto mundo
Que sobre el nuestro brilla,
Y nunca el corazon, nunca los ojos
—Menos en el llorar—allí varían...

¡Cuán grato debe ser, por las esferas
Dejar ¡ay! esta vida!
Y ver ¡oh Eternidad! que los temores
Se desvanecen en tu luz divina!

¡Será!... que por nosotros no temblamos
De helada tumba al borde,
Ni al ir á saltar ya la eterna valla
Nos asimos á ella tan veloces.

¡Oh! sí... pensemos en la union futura
De tiernos corazones,
En esa fuente de inmortales aguas
Que inmortales hará nuestros amores!

V.

I saw the weep—the big bright tear...

Te ví llorar... á tus azules ojos
Asomaron dos lágrimas brillantes;
Y creí ver por tus mejillas tersas
Dos gotas de rocío deslizarse.
Te ví reir... á par de tí el zafiro
Su lustre pierde, como muerto yace;
Que no puede igualar de tu mirada
Los vivos rayos, la divina imágen.

Como del alto sol toman las nubes
Ese color bellísimo y süave,
Que á desterrar del cielo apenas bastan
Las sombras, compañeras de la tarde...
Así en el alma triste tus sonrisas
Su gozo celestial blandas esparcen,
Dejando en pos un resplandor tan puro
Cual la aureola que corona á un ángel.

AMOR DE PADRE.

Cuando tu acento escucho, ¡hija del alma!
Se me figura el arpa de los cielos,
La voz de los alados querubines,
Del ruiseñor los plácidos gorjeos;
Y tu respiracion más agradable
Es para mí, que el aromado aliento
Del heliotropo, más que la ambrosía
Que Hebe sirviera á Júpiter excelso.
¡Oh!... cuando por las tardes juguetona
En mis rodillas sonreir te veo,
Y tus manitas cojo entre mis manos,
Y tus facciones cándidas contemplo;
Cuando en tus grandes y rasgados ojos
Miro brotar el bullidor deseo,
Y tus réplicas oigo tan agudas,
Y los latidos de tu pecho siento...
Superior á los reyes de la tierra
En mi delirio paternal me creo;
Y en medio de aquel júbilo sublime
Bendigo á Dios y contra mí te estrecho!

INVOCACION DE UNA MADRE.

Tú, que sobre las estrellas
Encumbrado,
Eres de vírgenes bellas
Adorado;

A quien mil y mil querubes
Á porfia,
Tributan de incienso nubes
Todo el dia;

Tú, de la humana flaqueza
Dulce faro,
Tú, de la humana tristeza
Dulce amparo;

Oye el ruego fervoroso
De una madre;
Que eres todo-poderoso,
Y eres padre!...

Por los suspiros dolientes
Que María
Sobre tus llagas ardientes
Despedia;

Por tu sepulcro sublime,
Venerado,
Do el fiel sus labios imprime
Desolado...

Vuelve á la vírgen que adoro
La salud;
Que es, buen Dios, almo tesoro
De virtud!

Sin ella, todo afliccion,
Un desierto...
¡Dios mio, por tu oracion
En el Huerto!

CONCHA.

Largas son tus pestañas, hija mia!
Negros tus ojos, de coral tus labios;
Tu sonrisa apacible, encantadora,
Mas que el suspiro de la brisa en Mayo.
¡Bendita seas!... ¡Oh! cuando me miras,
Lo que yo siento no, no sé explicarlo;
Es una cosa celestial, un néctar
Que se difunde en mí y en que me baño;
Un espíritu etéreo que me ocupa,
Y que me excita á prorumpir: ¡te amo!

EL MORIBUNDO [1].

Eran los dos como querubes lindos...
A un tiempo un vientre los sostuvo, y ambos
Juntos de Dios el alma recibieron,
Juntos al sacro Teide saludaron.
Su madre que sufriera hondos dolores
En aquel trance doblemente amargo,
De los dos inocentes se aplacia
En contemplar los célicos encantos.
Rubios, muy rubios sus cabellos eran,
Más que la espiga que doró el verano,
Azules sus pupilas delicadas,
Cual los hijos del Norte el color blanco.
¡Qué satisfecha la amorosa madre!

---

(1) Alude á los jóvenes D. Ricardo y D. Patricio Murphy, entrañables amigos del autor, muertos en la flor de su edad.

¡Qué dulce risa en sus rosados labios!
Por criatura alguna se cambiara
En ese mar de la ilusion vagando.
Viólos crecer en una misma cuna,
Viólos juntos jugar en su regazo,
Como dos cisnes en un terso estanque,
Cual dos pichones en su nido manso.
¡Y se creia tan feliz!... Los meses
Precipitaban su cortante carro
Por el seco arenal de la existencia,
Y aquel ingerto siempre más lozano
Viérase florecer... Y tras los meses
Á devorar lanzáronse los años,
Esos ministros del canoso Tiempo,
Que dan y quitan esperanzas, lauros.

Ya en derredor su sombra los arbustos,
Como refugio á los solares rayos,
Convertidos en árboles prestaban;
Eran ya las auroras dias claros;
La mancha leve fecundante nube,
Obra completa el infantil ensayo.
Uno de los dos jóvenes su mente
Allá perdia en los inmensos campos
De la meditacion, y en blandas trovas
Á sus ensueños conquistaba aplausos.
El Teide, á veces, natural pirámide,
Firme sosten de altísimo palacio,

Como un espectro en la luciente atmósfera
Se dibujaba en sus divinos cantos.
Á veces, sus amores, tan suaves
Como las brisas de los mares patrios,
Su casta lira celebraba, en torno
Los quietos lares de dulzor bañando.
El otro allá su espíritu enterraba
En la aridez de los profundos cálculos;
La ciencia de los números su ídolo,
El compás geométrico su encanto.
Uno á Virgilio levantaba altares,
Y al padre Homero y al festivo Horacio;
Otro su culto á Arquímedes rendia
Y á Newton, el mayor de los humanos.

Y abandonaron el suelo
Do el Teide los vió crecer,
Y el incomparable cielo
De su patria, que el consuelo
Derramaba por dó quier.

La fria Albion les brindó
Su temple septentrional,
Y para entrambos fatal,
Veneno al poeta dió,
Y al filósofo un dogal.

Era una misma la estrella
Que el destino presidia
De su juventud sombría;
Uno del otro la huella
Por todas partes seguia.

La sirena de los mares,
Que con doradas facciones
É interesados cantares
Logra atraer á millares
Los hijos de otras naciones;

Cuba... brillante fanal,
Que al navegante deslumbra
Cual reluciente metal,
Si su esplendor sin igual
En lotananza columbra!

Abrió su seno ardoroso
Al que á Newton estudiara
Y que de Albion se alejara,
La de cielo nebuloso,
La esfinge de doble cara.

Como la tierra á la luna
Por ese espacio sin fin...
—Libro un tiempo de fortuna,
Mapa sin linde ninguna,
Resplandeciente jardin—

Dentro su órbita arrastrando
va sin cesar, sin cesar....
—Corriente eterna del mar,
Que á un navío aprisionando
Nunca lo vuelve á soltar,—

Así el gemelo al gemelo
De su órbita lleva en pos;
No pueden estar los dos
Pisando distinto suelo,
Que así lo dispuso Dios!

Cuba, que al uno dió acogida, al otro
Mísero, enfermo, sin color,
Buscando vida en la caliente atmósfera
Pisar su alfombra contempló.

La vida huyera del canario cisne,
Nube ahuyentada por el sol,
Nave impelida de enemigo viento
Hácia el escollo bramador!

¡Murió!... Las olas único sepulcro...
Su eterno sueño el mar meció;
Que á su país bogaba el triste huyendo
Del mundo rico de Colon.

El otro devoraba sus dolores
Allá sumido en solitaria estancia,
Y apenas ya sus piés le conducian
Por las ruidosas calles de la Habana.

Solo, encerrado, del gemelo ausente
Echando menos la presencia grata,
Pasó dias y dias... Su existencia
Ya, perdido el apoyo, se quebraba;
Y al recibir la funeral noticia
Que de su compañero le privara,
No vió más horizonte que la tumba,
Y en él clavó sus lúgubres miradas!
El mismo padecer, los mismos males
Á sentir comenzó, que prepararan
Del caro hermano la espumante huesa:
Do quiera al ángel en las quietas auras
Vagar veia, distinguir creyendo
Que con la amiga mano le llamaba.
Á fuer de tierna yedra sin arrimo,
Conoció que sus gajos se tronchaban;
Y navecilla sin piloto, pudo
Áncora echar en las nativas playas.

Uno exhaló su espíritu en los mares
Que al balsámico Teide le llevaban;
Otro, por fin en su país, ya espera
El último latido de su alma!

Vedle tendido en solitario lecho,
Cóncavas las pupilas azuladas,
Cárdeno el labio, descarnado el rostro,
Y la mejilla eternamente pálida!
¡Espectáculo triste, que nos muestra
Cuán inseguro puerto es la esperanza!...

Madres... contad con vuestros caros hijos,
Gozad, gozad de su graciosa infancia,
Sus bucles de oro entretejed con rosas,
Nutrid de amor sus mentes delicadas;
Prometeos que el báculo querido
Sean de vosotras en la edad cansada,
En esa edad que há menester de apoyo
Porque más presto no se rompa y caiga...
Y de repente escuchareis sombrío
Lúgubre son de funeral campana,
Que os roba ese sosten que os prometíais,
Solas quedando en esta tierra ingrata.

¡Madres, temblad!.. ¿Esos pimpollos tiernos
Que ahora regais, los regareis mañana?

¡Jóven desventurado!... Escucha cerca,
Desde su lecho, suspirar las auras
Que perfuman el plácido recinto,
Dó su niñez tan dulce resbalara.

De allí percibe las alegres voces
De compatricios que incesante pasan
Por esas calles, do él corriera un dia,
Donde ya nunca fijará su planta!
Oye el ruido apacible de los árboles
Que el viento mece junto á su morada;
Ve el fondo azul del tinerfiano cielo...
Do quiera vida... ¡menos en su alma!
Honda tristeza léese en sus ojos;
La imágen de la muerte está en su cara;
Ni por acaso una sonrisa juega
Sobre su boca... un tiempo tan rosada!

¡Espectáculo triste, do aparece
Cuán inseguro puerto es la esperanza!
¡Madres, temblad!... Esos pimpollos tiernos
Que ahora regais, ¿los regareis mañana?

¡Oh!... Y entretanto que el enfermo espira
Naturaleza rie embalsamada;
El sol alumbra los elíseos campos,
El mar retumba en las elíseas playas.

PLEGARIA.

¡Oh Dios! por mí no te imploro,
Sino por las caras prendas
Que ven resbalar tan tristes
Los dias de su existencia.
Mi pecho es fuerte ¡Dios mio!
No le abaten las miserias;
Es cual roble que resiste
El furor de la tormenta.
Mas... débil caña, que el viento
Dobla y arranca y se lleva,
Es el pecho de mis hijos
Y de mi esposa sincera.
Cese tu rigor ¡Dios santo!
Y en borrasca tan violenta
Haz que luzca al fin el iris
De tu divina clemencia!

SIEMPRE EL MISMO.

¿Por qué tus ojos alzas,
Bien de mi vida,
Y en mi semblante tristes
Así los fijas?

¿Por qué arruga tu frente
La pena impía?
¿Por qué el dolor te aqueja?
¿Por qué palpitas?

Casi desde la infancia
Preso me miras
En la red que de flores
Tú me tejías.

Tuyo fué el primer canto
De esta mi lira;
Tuyo mi primer beso,
Mis alegrías!

Te halagaron mis trovas,
¡Joya divina!
Y extasiaron tu espíritu
Con su armonía.

Vírgen, que colorabas
La perspectiva
Del porvenir dudoso
Do yo corria!

Sonda, que previnieras
De mi barquilla
El azaroso rumbo
Que á emprender iba!

Árbol, que regalabas
Sombra tranquila
Al presuroso anhélito
De mis fatigas!

¡Cuántas veces secabas
Con tus caricias
El sudor que en mis sienes
Perlas fingia!

¡Cuántas veces tus lágrimas
Bebiendo aprisa,
El llorar de tus ojos
Yo bendecia!

En la callada noche
¡Mi peregrina!
Como ilusion fantástica
Yo te veia.

Á la luz de la aurora
Te aparecias,
Dorando mis hogares
Tus formas lindas.

Ora te contemplaba
Ligera ninfa,
Tu pié breve ensayando
Danza festiva;

Ora cantando alegre,
Con voz distinta,
Las tróvas que mi musa
Te componia.

Tuya mi edad pasada,
¡Dulce María!
Tuya mi edad presente,
Tuya mi vida!

¿Qué me importan, ¡oh cara!
Las falsas dichas,
Tras las que un mundo loco
Se precipita?

Vale más de tus labios
Una sonrisa,
Que todos los placeres
De sus orgías.

¿Qué más quieres, amores?
¿Con qué deliras?
El arpa de otros tiempos
Siempre es la misma.

Si vírgen te cantara
Mi musa un dia,
Hoy tambien sus canciones
Madre te brinda.

¿Por qué arruga tu frente
La pena impía?
¿Por qué el dolor te aqueja?
¿Por qué suspiras?

EL HIJO PRÓDIGO.

No lloreis, madre querida,
No lloreis, que vuestro llanto
El corazon me traspasa,
¡El corazon con que os amo!
Si al hijo creeis en medio
Del mundo ya descarriado,
Sabed que no se extravía
Quien nació con pecho hidalgo.
Es infeliz, no culpable,
Vuestro hijo idolatrado,
Y sus deberes no olvida,
Aunque solo y sin amparo.
Vuestra memoria le alienta
Á sufrir su adverso hado,
¡Que es el amor de una madre
Sosten poderoso y santo!
Su deseo más ardiente
Es correr á vuestros brazos,
Y depositar en ellos
Cuanto su pecho ha encerrado.

Y al ver que su cruel destino
Le tiene en país extraño,
Ni los paseos le alegran,
Ni en el lecho halla descanso.
¡No lloreis, madre querida,
No lloreis, que vuestro llanto
El corazon me traspasa,
El corazon con que os amo!

INCERTIDUMBRE.

Se engalanarán los árboles
Con sus vestidos de yerba,
Con su alfombra de verdura
Se engalanará la tierra;
El soplo dulce del aura
Halagando la azucena
Embriagadores aromas
Derramará en la pradera;
El sol subirá más bello
Á repartir la existencia,
Á despertar á las aves,
Á colorar las florestas,
¡Y yo... remando, remando,
Veré crecer mi tristeza!
Que es la vida mar inmenso
En donde el hombre navega,
Dirigiendo su barquilla
Entre asperísimas peñas,

Por furiosos huracanes
Roto el timon y las velas.
¡Infeliz!.. Dias y noches
Velando sobre cubierta,
Miro el volver de las ondas
Que en su rumor nunca cesan.
Súbito en el horizonte
Aciaga nube campea,
Que el azul del cielo entolda
Con su sombra cenicienta;
Y crece y crece... y los vientos
Sacuden sus alas negras
Que azotan las turbias aguas
Y la barquilla aceleran.
Gracias si en crudo bajío
Sus maderos no se estrellan;
Gracías si el rayo no cae
Surcos formando en la esfera!
¿A dónde voy? ¿Qué senderos
Á mi vista se presentan?
¿Me conducen á la dicha?
¿A la desdicha me llevan?
¡Ay!... ¡á la tumba, á la tumba!
Y ya me faltan las fuerzas.
Y es muy difícil el viaje,
Y su duracion incierta.

LA FAMILIA.

¡Grupo consolador!.. Hé allí mis prenda,
¡Dos querubines y su madre hermosa!
Sonriendo la madre, ellos jugando...
¡Perlas de amor que mi entusiasmo dora!
Sobre los tres de donde estoy contemplo
Extenderse purísima aureola,
Y al verla siento dilatarse el alma,
Siento un placer que al exterior rebosa!
¡Grupo consolador!... El uno apura
Albo licor con reducida boca,
Y halaga mansamente de su madre
Castas mejillas de color de rosa...
Un libro del poeta entre sus manos
Ya, ya comienza á balancear la otra,
Y á fuer de inteligente sus deditos
En varios signos con viveza apoya...
—Esta es *a* y esta *b*,— prorumpe alegre,
Y el libro suelta y á mis brazos torna,
Y la barba me coge y me acaricia,
Y en ver que saltan mis anteojos goza!

La madre se sonrie satisfecha,
Mi cariñoso corazon provoca...
Y en un punto los padres y los hijos
Grupo mayor alborozados forman!
El universo olvido y sus miserias,
Los pensamientos que do quier me agobian:
Y adoro y creo... ¡encanto soberano!
Y en mi horizonte la esperanza asoma.

Á PLÁCIDO.

Mi tercer hijo.

Entre los brazos, ¡oh mi arcángel!
Aún no he estrechado tus encantos hoy;
Aún en mi seno esta mañana
No has abrigado tu infantil calor.

¿Ves mi cabeza cuál se inclina
Á impulso de tenaz meditacion,
Y cómo crecen de mi rostro
Las arrugas que el tiempo no formó?

¿Ves cuál se entrega ya mi espíritu
Á ese combate, do la duda atroz
Así desprende mis cabellos
Cual tramontana la rosada flor?

Ven, hijo mio, que tus ojos
Puerto seguro en la tormenta son,
Fanal en medio la honda noche
Que encendió con su aliento el mismo Dios.

Ven, y reposa tus mejillas
Do se refleja etéreo resplandor,
Sobre mis labios que te llaman,
Sobre mi frente que el dolor plegó!

Como un alivio á mis tristezas
Yo arrullaré tu celestial candor;
Te cantaré tiernas baladas,
Y alegres cuentos te dirá mi voz.

Llegará el tiempo en que seas padre...
Tal vez entonces ya no exista yo;
Tal vez entonces en el cielo
Ruegue por tí con paternal fervor.

Que es el vivir sombra ligera,
Gozo de un dia, súbita ilusion;
Es un abismo tan profundo
Que... Corre, ven, ¿no te lo dije, amor?

Torna el pensar á devorarme,
Carcoma de mi triste corazon;
El llanto brota de mis ojos,
Siento el aura espesarse en derredor...

¿Y tú la causa no adivinas?
Aún no he estrechado tus encantos hoy;
¡Aún en mi seno esta mañana
No has abrigado tu infantil calor!

CUADRO.

¡Duermen los tres!... su respirar escucho,
Tranquilo, cual aliento de tres ángeles,
Que el vil, aterrador remordimiento,
Lejos, lejos de aquí sus alas bate...
Ella su brazo maternal coloca,
Cual si guardara al pequeñuelo infante,
Que rie con su risa de inocente,
Como si en juegos sin cesar soñase,
Y la boca entreabierta, linda niña
Cerca descansa á su amorosa madre!...

Lejos del mundo, mi único consuelo
Es contemplar ese conjunto amable,
¡Que es todo en él candor, verdad, pureza,
Y aroma de los cielos do extasiarse,
Y manantial de vida, y del Eterno
Bella, ideal, encantadora imágen!

POBRE HUÉRFANO.

Solitario acá, en el mundo,
Sumergido en el dolor,
Busco un arrimo á mis penas,
Un grato oido á mi voz...

Desde la cuna el destino
Con crueldad me trató;
Planta azotada del cierzo,
Navecilla sin timon!

DICHA.

¿Vesla, surcando los etéreos mares,
Melancólica, pura, solitaria?...
¡Qué rastro deja en su apacible curso!
¡Cuál siembra amor y permanece casta!
Númen de los amantes, bella luna,
Á quien la antigüedad divinizara;
Á quien alzaron las naciones templos
Bajo el hermoso nombre de Diana!
Tú, que al través de fúlgidos cristales
Viertes piadosa en mi tranquila estancia
Una luz misteriosa, indefinible,
Mejor que la del sol, pues que no abrasa;
Dime, ¿dos seres en tu seno abrigas
Que á la tierra enderecen sus plegarias,
Que la llamen su luna, y cual nosotros
Gocen tambien, las manos enlazadas?
Dime, ¿la tierra en ese azul inmenso
Ves resbalando de esplendor cercada,

Y un rayo suyo reflejarse miras
En más graciosa y expresiva cara
Que la de mi princesa, que tú alumbras,
Y te bendice, medio desmayada?...

¡Huye de mí, relajacion maldita,
Aborto vil de la mansion tartárea,
Diosa de los perversos corazones,
A quien el siglo indigno altar levanta!
¿Qué me importa que un mundo miserable,
Do el vicio reina con diadema infanda,
Al verme puro, en su delirio horrible
Exhale mofadoras carcajadas?
En medio de ese mundo envilecido
Alzaré yo la frente inmaculada,
Y tranquilo en mi hogar, arbustos tiernos
Veré crecer en inocencia y gala,
Honor del labrador que los cultive,
Consuelo de su vida lastimada,
Apoyo de una madre candorosa
Que alimentó su delicada infancia
Con el rocío de sus dulces ojos,
Con el inmenso amor de sus entrañas!

Tal vez cuando en mi frente una corona,
No de laurel, mas sí de nobles canas,
Refleje ¡oh luna! tus eternos rayos,
Los mismos que ahora en claridad me bañan,

Junto á mi compañera, al rudo peso
De la edad inclinando ya su espalda,
Bellos, dorados miraré los frutos
De las que un dia fueran tiernas plantas;
Y volveré á vivir en caros nietos,
Y aplaudiré sus infantiles gracias,
Y los haré sentar en mis rodillas,
Y sus boquitas besaré rosadas...
¡Entonces de la muerte el rudo golpe
Aguardaré sin inquietud, con calma,
En medio de mis hijos paseando
Mis moribundas, plácidas miradas!

INVOCACION DE UN PADRE.

¿En qué pequé, Dios mio?
¿Tu excelsitud no adoro reverente?
En este valle umbrío,
¿Qué otra luz busca que tu luz mi frente?

Si acaso algun instante
Olvidé, Señor Dios, tu omnipotencia,
Perdona á un delirante
Que implora arrepentido tu clemencia.

Alumbran las auroras,
Las lentas noches su crespon extienden;
Y me traen las horas
Tormentos mil que el corazon me hienden.

Duélete, Autor del mundo,
De esta que me devora inmensa pena;
¡Es mi dolor profundo
Al ver mi estado y la abundancia agena!

El claro entendimiento
¿De qué le sirve al que nació proscrito?
Ríndese ya mi aliento,
Que á todo se alza un valladar maldito.

¡Piedad, Dios justiciero,
De la virtud que abandonada gime!
En tí, Señor, espero...
¡Rompe el dogal que mi garganta oprime!

CONSUELO.

No dejes caer la frente
Sobre el pecho, ¡dulce amiga!
No te abandones al triste
Porvenir que te fascina.
¿Crees tal vez que así borras
La dudosa perspectiva?
¿El horizonte nublado,
Que aclaras así imaginas?
¡Insensata!.. deja, deja
Esas futuras desdichas,
Que quizá truéquense en goces
Las inquietudes que abrigas.
¡Insensata!.... deja, deja
Correr las horas impías...
¿Qué nos traerán? Yo lo ignoro:
¿Lo sabes tú, vida mia?

Bebe el amor en mis labios,
Gusta en mi seno la dicha,
Y no pienses en mañana,
Que tanto pensar fatiga.
Las ofrendas del cariño
Acoge con blanda risa,
Y que el llanto en pos no venga
Á amargar nuestras delicias.
Los frutos de tus entrañas,
Esas prendas tan queridas,
Esas flores que perfuman
Nuestra existencia tranquila
Esas perlas, sí, las solas
Que en nuestra morada brillan,
Porque se ausentan del pobre
El oro y las pedrerías,
Esos tesoros, más ricos
Que los que brotan las minas,
¡Nuestros hijos!... te sonrien,
Cuando con dolor los miras.
Te sonrien... porque ignoran
Que tú allá dentro meditas
Sobre su suerte, y que piensas
Que has de dejarlos un dia.

¡Angeles!... ¡Felices ellos,
Que en sus doradas campiñas

Disfrutan aura de rosas,
Y no sienten las espinas!

¡Insensata!... Deja, deja
Correr las horas impías:
¿Qué nos traerán? Yo lo ignoro:
¿Lo sabes tú, vida mia?

A ANDRES.

Mi recien nacido.

¡Oh tú, querida prenda
Del amor de mi esposa,
Flor, cuyo tierno cáliz
Ya comienza á exhalar aura de aromas!

Copo de tersa nieve
Que el sol apenas dora,
De seda albo capullo,
Rayo de luz, purísima aureola...

¿Por qué la risa juega
En tu inocente boca,
Cual leve vientecillo
Entre los blandos pliegues de una rosa?

¿Por qué improviso arrugas
Tu linda faz, y lloras,
Sin que acallarte alcancen
Los halagos de madre cariñosa?

¡Imágen de la vida
Eres, cándida joya!
Lo sabrás cuando crezcas,
Y surques este valle de congojas.

Como el llanto y la risa
Por tus labios asoman,
Sucediéndose rápidos,
Á la manera de fugaces sombras;

Así en el mundo ¡oh niño!
Suceden presurosas
Las penas á las dichas,
Los desengaños á ilusiones locas.

¡Duerme, duerme, querube!
Mientras mi mano toca
Tu virginal mejilla...
Y allá mi mente en el pensar se engolfa.

PORVENIR.

¿Dó irá á tocar el malparado esquife
De mi existencia flaca y combatida?
¿Cogerá puerto en medio á la tormenta?
¿Irá á estrellarse en peñascosa orilla?...
¡Viaje azaroso!... Por do quiera rocas
Ante mí elevan su contraria cima,
Y ya casi me faltan los alientos
Para bogar... ¡Cuitada navecilla!
Cinco lustros completos navegando
Sin encontrar la costa apetecida;
Olas aquí y allá siempre alteradas;
La mar risueña en derredor... ni un dia!
¡Oh! ¿qué es vivir? Es arrastrar el peso
De una cadena; es contemplar encima
De nuestras frentes la salud eterna,
La eterna gloria, y no poder asirla!
Es sentirse apretada la garganta
Por manopla de hierro guarnecida;
¡Es tener sed... é insuperable cumbre
Mostrarnos tersa, hermosa fuentecilla!

Rien los más; su porvenir ahogan
Entre los brindis de incesante orgía;
Sus carcajadas báquicas resuenan;
Cantan en coro una cancion lasciva...
Luego se duermen, halagando el seno
De alguna perfumada Mesalina...
¡Oh! ¡nunca yo!... Detesto sus placeres,
Que envuelto llevan venenoso acíbar!
¡Antes morir que encenagar mi alma
En ese sucio lodo de la vida!
Remaré, remaré, mientras las fuerzas
No me abandonen en la mar bravía;
Pero mi corazon guardaré ileso,
Mi corazon do la virtud se abriga.

¡Dadme, Cielos, valor!... que no fluctúe
Mi entendimiento en lucha tan activa;
Dadme valor para sufrir las pruebas
En que vais á poner á mi barquilla...
¿Quién sabe cuántos vientos encontrados
Empujarán sus velas todavía?

AMOR DE MADRE [1].

MUTTERLIEBE.

Imitacion del aleman.

Hermosa tierra es la Italia,
Su sol cual ninguno brilla;
Cual ningunas sus mujeres
Son afectuosas y lindas;
Jardin de cándidas flores,
De otros paises envidia,
Con sus leyendas galanas
Y sus bellas perspectivas.
En esa tierra de amores,
En una de sus campiñas,
De limoneros pomposos

(1) El original es de Starcke.

Con primor enriquecida,
Su existencia deslizaba
La graciosa Clementina,
Ángel de rasgados ojos,
De negros cabellos ninfa.
El dulce esposo y tres hijos
Sus cuidados compartian,
Y era feliz, aunque pobre,
Pues era, aunque pobre, rica.
Porque es la mejor riqueza
Tener el alma tranquila,
Y aquella inocente esposa
Tranquila el alma tenia.

¡Ay de los cielos azules!
¡Ay de las mansas caricias!

La tarde sus tibios rayos
Por el campo difundia,
Jugaban los querubines
Mezclando purpúreas tintas,
Y el aroma de las flores
Desde lejos se sentia...
¡Hora agradable y solemne!
Entretanto Clementina

Al caro esposo aguardaba,
De contento el alma henchida.
Verle venir... y su frente
Enjugar con mano limpia;
De su labor informarse,
Hablarle de su Francisca,
Y á la cuna conducirle
Do el pequeñuelo dormia,
Era la diaria costumbre
De aquella esposa sencilla.
A la sombra de un olivo
Estaba con su hermanita
El hijo mayor, Antonio,
Que doce abriles tendria.
Solazábanse mirando
Cómo el espirante dia
Iba cediendo su trono
De púrpura y pedrerías
Á la vaporosa noche
Que el ruiseñor solemniza.
Mirólos la casta madre,
Y con gracia peregrina
Se sonrió satisfecha...
Se sonrió persuadida
De que bajo el puro cielo
Otra más feliz no habia.

¡Ay de los goces humanos!
¡Ay de las tiernas sonrisas!

Contenta, á su humilde choza
Retrocedió Clementina;
La cena frugal dispuso,
Sazonóla de alegría,
Y aproximóse á la cuna
Do la prenda de su vida
Con embalsamado aliento
Ángel dormido fingia.
En las pampanosas vides
Que la choza entretejian,
Trinos lanzaban las aves,
Suspiros la blanda brisa;
Y fatigada la esposa,
Y como madre embebida,
Junto á la cuna tendióse
Soñolienta y pensativa.
Sus párpados se cerraron...
Iba á quedarse dormida...
Cuando un horroroso grito,
De esos gritos que lastiman,
Se le clavó en las entrañas,
Y alzóse despavorida.
Sin vacilar un instante

Dejó la choza pajiza,
Y vió que el trémulo Antonio
Á la trémula Francisca
Hácia la pobre cabaña
De la mano conducia.
Precipitóse anhelante...
—¿Qué tienes, qué tienes, hija?
Exclamó: ¡sangre en tu mano!
¡Ah!—La ha picado una víbora...
Dijo el aterrado Antonio.
—¡Una víbora!... ¡Hija mia!
¡Socorro! ¡Socorro!... ¡Cielos!...
¡Mi Francisca! ¡mi Francisca!—

La noche se iba espesando...
Fuera de sí Clementina
Contra su pecho estrechaba
Á la infortunada niña...
¡Socorro! ¡Socorro!... y nadie
Á socorrerla venia.
Hasta que oyó las pisadas
De alguno, con cuya vista
Creyó que el cielo sus puertas
Compadecido le abria.
—Buscad un perro que extraiga
El veneno de la herida.
Dijo, y partió el caminante,
Porque era mucha su prisa.

—No hay ningun perro en la choza...
No hay quien rescate su vida!
La triste madre gritaba,
Y el eco le respondia.
De improviso su semblante
Se iluminó:—¡Mi Francisca!
Vivirás... ¡sí!... Lo que un perro
Puede hacer, ¿yo no lo haria?
Dijo, y aplicó sus labios
Á la emponzoñada herida,
Y aspiró una vez... y otra...
Y mil... salvando á su hija!

¡Ay de las madres... las madres
Que en tal momento vacilan!

Mientras pasaba esta escena
Grande, sublime, divina,
Hácia el hogar sus pisadas
El esposo dirigia.
Ageno á tanto infortunio,
Dulces sueños le mecian...
Se figuraba á la esposa

Con su halagüeña sonrisa,
Y á los inocentes hijos
Sentados en sus rodillas,
Contándoles él historias,
Y oyendo ellos con delicia.
En esto, vió que su Antonio
Al encuentro le salia,
Amoratado el semblante,
Desencajada la vista.
—¿Qué te asusta? preguntóle;
Y lo que su madre hacia
Le refirió el tierno niño
Con una voz convulsiva.

Bajo sus piés el esposo
Sintió girar la campiña;
Quiso correr, mas no pudo;
Quiso hablar, ¡vana porfia!
Y hubiera dado consigo
En tierra, sin una encina
Que le prestó fuerte apoyo,
Que le tendió mano amiga.
Acercóse el niño, y...—¡Padre!
Exclamó... ¡mira la víbora!
—¿Cuál?—La que picó á mi hermana...
—¿Cuál?—La que picó á Francisca...
—¿Dónde está?—Allí... dada vueltas
Al baston.—¡Oh Dios!... Bendita

Tu inmensa bondad!... Corramos...
¡Clementina! ¡Clementina!—
Y llegó donde la madre
Á morir se disponia,
Del sacrificio orgullosa
Que le salvara á su hija.
Abrazóla enternecido...
—No morirás, ¡alma mia!
Dijo, y miróle la esposa
Con resignacion divina.
—Tu sublime amor de madre,
De que has querido ser víctima,
No habrá quien lo olvide, mientras
Pechos sensibles existan.
Y te ceñirá guirnaldas,
De mirto y rosa tejidas.
Acariciando tu frente
Con esa mano tu hija!
—¿Qué dices?... ¿Y este veneno...?
—No hay veneno... no era víbora...
Una culebra inocente
Fué quien mordió á tu Francisca.

Y los felices esposos
Volvieron á su alegría,
Y el padre á los tiernos hijos

Sentó sobre sus rodillas,
Refiriéndoles historias
Que ellos atentos oian;
Y para aumentar del cuadro
La religiosa armonía,
Trinos lanzaban las aves,
Suspiros la blanda brisa.

Á CÁDIZ.

Tras navegacion penosa
Por una mar alterada
Te presentaste á mis ojos,
Lucero de las Españas!
Y á la claridad dudosa
Que vierte en pos la alborada
Me pareciste salida
Improviso de las aguas.
¡Salud, plantel de recuerdos,
Antemural de la patria,
Salud, oh Cádiz famosa
Por tu brio y por tus damas!
De Santa Cruz de Tinerfe
Al alejarme, vagaban
Por mi ardiente fantasía
Tus sombras tornasoladas;

Esa rica vestidura
Con que te ciñó la fama,
Y que tiendes en las olas,
Cual si fueras su sultana.
Al verte sentí el influjo
Que ejerces sobre las almas,
Y absorto quedé mirando
Mi ilusion ya realizada...

¡Oh, qué bella al navegante
Te muestras, Cádiz la clara,
En el perfil del Océano
Adormida, recostada!
Quién te cree una Nereida;
Quién se figura una maga;
Quién la diosa del combate
Ve en tí, Cádiz la bizarra;
Quién á Venus en la mente
Con su séquito de gracias
Se forja, cual tú nacida
De las espumas rizadas...
Pero yo que allá dejé
De Santa Cruz en las playas
Hijos y esposa... pedazos
Del corazon... ¡Oh gitana!
Yo te contemplé á la lumbre
De la aurora nacarada,
No cual la diosa de amores,

No cual deidad de las armas,
Mas sí como tierna amiga
Que los brazos me alargaba,
Para reponer mis fuerzas
Por el viaje quebrantadas.
¡Bendita seas!... En breve
De peregrino la marcha
Volveré á emprender, dejando,
Como dejé las Canarias,
Tus paseos concurridos,
Tus hermosuras galanas,
Tus flores, tu argentería,
Tus balcones, tus murallas...
Pero en Sevilla... la perla
De Andalucía nombrada,
En Madrid... donde la córte
Esparce todas sus galas,
Do quier que el paso dirija,
Do quier fije mis miradas,
Recordaré tus hechizos,
Ciudad, hija de las aguas,
Y bendeciré de nuevo
Tus brisas hospitalarias!

Cádiz, Junio de 1851.

¡NO NOS OLVIDES!

Cansado ya de la enemiga suerte
Que el árbol marchitó de mi esperanza,
Solo una luz distingo en lontananza
Que mis pasos dirige hácia la muerte.

Con mi destino he combatido fuerte,
Hasta que en tierra di con mi pujanza:
¡Célica luz de sepulcral bonanza,
Haz que en los brazos del no ser despierte!

Así pensaba yo, cuando un gemido
Á mi lado sentí:—¿Qué es lo que pides?
Dijo una voz de angelical sonido:

Somos tu escudo en las terrestres lides,
Somos las prendas de tu hogar querido,
Somos tu salvacion... ¡No nos olvides!

Madrid, Abril de 1850.

SOLEDAD DE LA ESPOSA.

¿Por qué lloran esas perlas
Tus ojos, dulce María?
—Porque ausente de mi dueño
El llanto solo me alivia.
—Él volverá.—Y entretanto,
¿Quién si suspiro, suspira?
¿Quién si le abrazo, me abraza?
¿Quién si le hechizo, me hechiza?
—Tus hijos.—Ah! sí...—Las flores
Que tu desierto matizan,
Que tu pobre hogar perfuman,
Que sus corolas inclinan
Formándote una guirnalda
Mejor que de piedras finas.
Á él le falta este consuelo;
Lejos de todos se mira...
—Pero, en cambio, de la córte
Disfruta las mil delicias;

Sus paseos le enloquecen,
Sus teatros le electrizan,
Sus mujeres...—No concluyas,
Pues loca estás, ¡por mi vida!
Yo desde aquí le estoy viendo,
Que alcanza hasta allá mi vista;
Y...—¿Quién eres?—Soy el ángel
De las almas afligidas:
Unas veces *la Esperanza*,
Otras *la Melancolía*.
—¿Le estás viendo?—Sí.—Pues dime
En qué entretiene sus dias.
—Pensando en tí y en sus hijos,
No hay placer que le sonria;
Triste le encuentra la aurora,
La noche triste le abriga...
Y mientras perlas tus ojos
Derraman, ¡dulce María!
Él llora á la esposa ausente
En la coronada villa.

¡PATRIA! ¡PATRIA!

Salí á espaciarme en el tendido llano
Que le sirve á la córte de cintura,
Y al ver su casi artificial verdura
Llevé la mente á mi país lejano.

Allí de Dios la omnipotente mano
Estampada ha dejado su hermosura,
Las orlas de su rica vestidura,
Los visos de su cielo soberano.

Una Orotava, una Laguna, un Moya,
Do palmas, tilos, álamos cimbrean
En medio á un paraiso de mil flores;

Y un Teide al lejos, enclavada joya
En los mares atlánticos, que orean
Brisas süaves, manantial de amores!

¡NO ES MI HIJA!

¡Qué hechicero es el rostro
De aquella niña!
¿No ves cómo sonrie
Cuando nos mira?
—¡Calla, que siento
Que el alma se me rompe
Con tus acentos!

No entiendo lo que dices:
La niña es bella,
Delgada es su cintura,
Sus ojos flechas.
—Me estás matando:
¿No ves cómo me ahoga
La voz el llanto?

Es la niña un tesóro;
Son de azabache
Sus cabellos que ondean;
¡Parece un ángel!
—Si así prosigues,
Añadirás, te juro,
Tristeza al triste!

Tu dolor no concibo:
Aclara, al menos,
Por qué esa niña, orígen
Es de tus duelos.
—Porque una joya
Cual ella tengo ausente...
—¿Se llama?—Concha.

SOLEDAD DEL ESPOSO.

Es de noche. Las diez. ¿Qué harán ahora
Mis caros, inocentes pequeñuelos?
Tal vez durmiendo aguardarán la aurora,
Tal vez la tierna madre sus desvelos
Les preste en este instante:
Cariñosa, anhelante,
Á nadie ella confia
Las blandas flores del verjel fragante,
Y con el riego de su amor las cria!

¡Imágen hechicera
De conyugal ventura!
Sin tí, no hay verdadera
Felicidad, que lo demás locura
Es y oropel en este falso mundo.
Hijos, padres, esposos,
Delicias del hogar, frutos hermosos
Del árbol terrenal de la existencia,

Un destello profundo
Veo lucir de la divina Esencia
En vuestros sacros nombres,
Que en vano apagar quieren
Con su letal respiracion los hombres.
¿Qué hay comparable al delicioso cuadro
De un matrimonio do la paz se anida,
En que la esposa cuida
De la inocente prole.
Mientra el esposo atesorar procura
Algo que el porvenir les asegura,
Sin que ninguno el juramento viole...
Puro, apacible, cristalino lago,
Que los céfiros rizan con su halago?

¡Ay, soledad del corazon herido!
Alejéme del nido
Que la torcaz paloma
Calienta con sus alas maternales,
Y un horizonte á mi existencia asoma
Encapotado, engendrador de males!
Ya está distante el dia
En que los dulces labios de María,
En que los dulces labios de mis hijos
Vertieron en los mios su ambrosía;
En que sus ojos me miraron fijos,
En que leia en su aperlado lloro
Ese inefable y tierno *¡yo te adoro!*

Que grabado en mi alma,
Es la corona de mi amor, mi palma!
¿Y esta vida es la vida?...
¡Ay, triste despedida
Que me robó mi casta compañera!
¡Ay, desventura fiera
Que así me tienes lejos
De la madre y los hijos! ¡Ay, cuitado
Corazon mio, de orfandad velado!

LA NIÑA Y EL ANGEL.

Cuando la niña suspira
Se oye en el aire un gemido
Con que le responde el ángel
En sus amores cautivo.

Llámala él á las alturas,
Y ella le llama á este abismo;
Y se cruzan sus deseos,
Y se hermanan sus destinos.

Ó el ángel viene á la tierra,
Ó va la niña al empíreo,
Y al unirse se confunden
Dos seres en uno mismo!...

Tal es la imágen perfecta
Del amor sincero y fino;
Lo demás todo es mentira,
Todo engaños y artificios.

PRELUDIO.

Aroma blando de amor,
¿Por qué en el dia no siento
Tu perfume embriagador?
—Porque está lejos la flor...
La flor de tu pensamiento.

Encanto de la mujer,
¿Por qué en el dia resiste
Mi corazon tu poder?
—Porque es veneno el placer...
El placer á un alma triste.

Astro de luz y consuelo,
¿Por qué, siendo girasol,
Buscan mis ramas el suelo?
—Porque no brilla tu sol...
El puro sol de tu cielo.

UNA GOTA DE ESPERANZA.

¿A dónde vas?—Voy de viaje,
Camino de las Canarias;
Que allí me espera la dicha
En el seno de mi amada.
—¿Y tienes hijos?—¡Tres perlas,
Tesoro de sus montañas!
—No digas más, porque siento
Que va faltándome el alma!
—Pronto mis ojos del Teide
Verán la cúspide blanca,
Y saludarán mis labios
Al rey de la antigua Atlántida.
Pronto las brisas süaves
De las islas Fortunadas
Por entre copos de espuma
Impelerán mi fragata;
Y vendrán á recibirme,

De su cariño en las alas,
Mi alondra con sus polluelos,
Con sus retoños mi palma,
Los estrecharé en mis brazos,
Me extasiaré en sus miradas,
Dulces, cual lampo de estrella,
Puras, cual rayos del alba,
Y dormiré por la noche
Bajo el techo de mi casa
Con sus caricias mecido,
Arrobado con sus gracias!
Pero... ¿qué te da? Tu frente
De frio sudor se baña;
Tus facciones se trastornan;
Están tus mejillas pálidas...
¿Qué es eso?—Tengo en las islas,
Como tú... ¡suerte inhumana!
Mi alondra con sus polluelos,
Con sus retoños mi palma!...
Y mientras que tu concibes
Halagüeñas esperanzas,
Para mí lucir no miro
Ese anhelado mañana,
Y estoy de sus brazos lejos,
Y siempre el mar nos separa.
Ve con Dios, dichoso amigo,
Favor te brinden las auras,
En pocos dias te lleven

Á las costas de mi patria;
Pero no olvides que en ella
Hay corazones que aguardan,
Como bálsamo de vida,
El rocío de mis lágrimas...
Y á fuer de nube que vuela
De mis recuerdos cargada,
Vierte, al paso, en mis hogares
Una gota de esperanza!

AL MAR DE MI PATRIA.

Baña las costas de mi patrio suelo
Un mar, rey de los mares de Occidente;
En él, aun niño, sumergí mi frente,
En él, ya grande, divertí mi duelo.

Imágen de la paz que tanto anhelo,
Lo he visto manso, halagador, riente,
Y luego, imágen de la guerra, hirviente
Subir bramando hasta tocar el cielo.

Hoy... dél distante, mi dolor le nombra;
Y aparecerse en mis ensueños miro
Del Atlántico mar la inmensa sombra!

Y con la mente á sus orillas giro,
Y recostado en su cerúlea alfombra,
Por mi vision al despertar suspiro.

¡ES YA UNA FLOR!

No conocieras á tu dulce hija...—
Así me dicen los amigos todos
Que vienen de las islas Fortunadas,
Y han visto allí á mi Concha, mi tesoro!
—Es ya una flor la que boton dejaste,
Flor que derrama su perfume en torno,
Flor que al abrigo de una palma crece
Y que el céfiro riza con su soplo...—
Al escucharlos... ¡ah! música etérea
En su boca paréceme que oigo;
Y me figuro á la adorada hija
Con semblante risueño, talle airoso,
Frescas mejillas, purpurinos labios,
Dientes ebúrneos y rasgados ojos.

Ya me parece verla, mariposa
De blancas alas con matices de oro,
Volar rasando el aromado suelo,
Sultana del jardin, que busca un trono!

Ya blanda y pura y peregrina, en ella
Un ángel miro del celeste coro,
Prestando á la afligida y casta madre
De su inocencia el virginal apoyo.
Ya creo oir su voz, que al aire fia
Los apacibles y variados tonos,
Dulce expresion de su filial cariño,
De mi paterno amor ecos sonoros.
Ya en danza aérea extático la veo,
Ninfa del bosque; en torbellino loco
Tocando apenas la campestre alfombra,
Siempre al compás del tamboril gracioso.
Perlas resbalan por su hermosa frente;
En sus miradas se revela el gozo
Que inunda su interior; y baila y rie
Sin descansar: una amapola el rostro!
¡Pero... es todo ilusion! Lejos, muy lejos
De sus encantos, mi pesar devoro...
Y cuando llega del país canario
Alguno, y se deshace en sus elogios,
Llevo la mente á mi querida patria,
Me imagino á la esposa sin su esposo,
Los tiernos hijos sin su caro padre...
¡Y en medio de Madrid me encuentro solo!

ILUSION.

Melancólicas tintas de la tarde,
Suspiros de la brisa,
Pájaros bellos que en vistoso alarde
Cruzais el aura aprisa;

Aguas que os deslizais por la ladera
Con un manso rüido;
Flores que la apacible primavera
Do quier ha repartido;

Vírgenes puras que bordais un velo
De lentejuelas de oro,
Y lo tendeis en el azul del cielo,
Y allí cantais en coro;

Vagos fantasmas de la noche fria,
Que os meceis blandamente
En el perfil de la floresta umbría,
Ó en el tul de la fuente;

Árboles que gemis en la espesura,
Ecos del bosque alados,
Genios que os ocultais en la verdura
De los tendidos prados;

Dulces declives del silvestre monte,
Lágrimas de la aurora,
Diáfana claridad del horizonte,
Nubes que el sol colora...

Do quiera os mire, de mi patria siento
La mágica armonía,
Que en alas va del vespertino viento,
Que nace con el dia!

AL SOL DE MI PATRIA.

¡Sol de mi patria, desde aquí te veo!
¡Sol de mi patria, desde aquí te canto!
¡Ese calor de tu encendido manto,
Ese calor vital, sentir deseo!

Que no eres tú co mo los otros creo,
Si he de juzgar por tu divino encanto;
Tú solo enjugas mi ardoroso llanto,
En tí de Dios la omnipotencia leo.

Bajo tu influjo en las Canarias crecen
Y fruto dan los árboles que ostentan
Del universo las distintas zonas.

El Sur y el Norte en su jardin florecen,
¡Sol de los soles!... y á tus piés presentan
De alma vejetacion ricas coronas.

ELLA.

Es ángel de esperanza
Que al mísero sonrie,
Y amándola se engrie
Mi triste corazon.

Porque en la noche oscura
De mi azarosa estrella,
Su clara luz destella
Con vívido fulgor.

SOLEDAD.

Imitacion del inglés

¿Qué estás mirando en el cielo?
—La estrella de mi destino;
Que un mundo se me figura,
Como este mundo que habito.
—¡Oh!... ¡no! te engañas... ¿No observas
Que es muy süave su brillo,
Para abrigar de los hombres
Los trastornos , los delitos?
¿Fuera otro Eden esa estrella,
Por otra Eva perdido?...
No; que á la luz del crepúsculo
Sus célicos rayos miro,
Y en lo puros me parece
Que algo tienen de divinos.
Su resplandor misterioso,
Que es, si profundo, benigno,

A lo lejos entrevelan
Los vapores vespertinos.
Es la pupila de un ángel
Que nos ve desde el empíreo,
Y que á veces por nosotros
Llora gotas de rocío.
—Pues si es pupila de un ángel
Lo que yo mundo imagino,
En su atraccion considero
Que ha de ser del ángel mio.
—¿Se llama?— *Plácido* el nombre
Fué que en la tierra le dimos:
Por *Soledad* en el cielo
Es ahora conocido.

TRISTEZAS.

¿Por qué estás tan alegre?
¡Ay! ¡Tu sonrisa
Despierta en mí memorias
Que me lastiman!
—No así te afanes:
Hoy es mi cumpleaños;
Me llamo Cármen.

¡Dichosa niña! ¿Acaso
No hay en tu mente
Nada que te contriste,
Que tu alma aqueje?
—Jugando gozo;
Jugando paso el dia;
Yo nunca lloro.

¡Feliz mil veces, niña!
¡Dios, cuando crezcas,
Te dé dias mejores
Que los que sueñas!
—Por mi fortuna
Sin cesar le bendigo;
Mi dicha es suma!

¡Quién dijera otro tanto!
¡Pero es mi signo
Ser infeliz!...—Prosigue.
—No, no prosigo...
¡Me faltan fuerzas!
—¿Por qué?—Porque estoy lejos
¡Ay! de mis prendas.

Porque recuerdo dias
En que gozaba
Como tú, niña hermosa,
Dichas colmadas...
¡Junto á los mios,
Eran fiestas del cielo
Mis regocijos!

Nací do el Teide se alza,
Y en mis hogares
Tengo una dulce esposa,
Tengo tres ángeles.

Con mano dura
De ellos me ha separado
Suerte iracunda.

Y de mis ojos brotan,
Brotan las lágrimas,
Al pensar en las leguas
Que nos separan...
Porque sus besos
Son para mí la vida:
¡Sin ellos muero!...

¡Sonrie, niña, y juega!
Mientras te miro,
Me asaltan mil memorias...
Y lloro y vivo.
¡Nunca pesares,
Niña de las dulzuras,
Tu vida amarguen!

UN EPISODIO.

Tinguaro.

Allí San Roque está. De heridas lleno,
Sube Tinguaro por el risco, y brama.
Lugo venció; se oscureció la fama
Del gran Tinerfe, el de la voz de trueno.

Fatiga al héroe el desigual terreno;
Siéntese fallecer, y amor le inflama,
Y sigue, y sigue: un español le llama;
Vuélvese, y este le atraviesa el seno.

Tinguaro pereció: luto, agonía,
Arrastra el eco en pos, de peña en peña:
¡Llora su inmensa soledad Nivaria!

Y allá del Teide en la caverna umbría
Se oye: ¡Murió la independencia isleña!
¡Murió con él la libertad canaria!

LUCHA.

¡Qué triste el alma está, Dios poderoso!
Lúgubre, opaca sombra,
Se tiende en derredor... Y turbio el rio,
Y marchitada la campestre alfombra,
Ni el cristal de la fuente,
Ni de la tarde el perfumado ambiente,
Sonrien para mí!... Solo me agrada
Ver cómo muere el dia...
¡Verlo al través de lóbrega enramada!
Así mueren las dulces ilusiones,
La cándida alegría,
La esperanza, que es flor... Tienen su aurora,
Su sol que el alma dora,
Su noche...
—¡Oh Dios! ¿por qué tu excelsa mano
Con tal desigualdad ha repartido
El placer soberano

En este suelo, do el mortal perdido,
Como un corcel, sin que le enfrenen vaga?

¡Ay! es la vida engañadora maga,
Que nos muestra un espejo
Cuyo cristal deslumbrador fascina
Con límpido reflejo,
Y nos lleva tras sí... Mas, de repente
Se torna furia la beldad divina,
Víboras ciñen su plegada frente,
Y el cristal se convierte en una tumba,
Do el clamor de los míseros retumba,
De do los escogidos
Con presto pié se alejan;
Que el dolor es contagio, y nos lo dejan
Solo á nosotros, del eden lanzados
Por ellos, los Caines maldecidos
De la agitada humanidad!
—¡Oh vida!
¡Vida que así los males amontonas
En derredor del que inocente lucha,
Del que en su pecho la virtud anida,
Y abrumas de coronas
Al que la voz de la humildad no escucha,
Al que en la senda del placer se engrie,
Vida!... ¿Qué enigma encierras en tu breve,
Fugaz espacio?... El que de tí se rie
¿Será más cuerdo que el que á solas llora,

Cuando el acíbar de tu cáliz bebe,
Cuando allá hundido en tus miserias mora?
¿Es la felicidad manjar preciado,
Para los más vedado?
¿Flor de un jardin que frecuentar no pueden
Sino los favoritos
Del potente Señor de los señores,
Mientras ¡ay! á nosotros, los precitos,
En su orgullosa caridad, nos ceden
Frágiles, secas, deshojadas flores,
Cuyo olor aspiramos,
Con cuyo olor al ataud bajamos?...

¡Vida! si no eres para mí tortura,
No te comprendo, no!... Parar la rueda
De tu fatalidad; de tu amargura
Detener el raudal precipitoso,
Cambiar tu cauce, para mí abismoso,
Respirar una vez... ¿no lo he intentado?
Como en la tempestad el marinero
Busca una estrella que le salve, ¡oh vida!
Así yo tus venturas he buscado,
Tu hermosa paz, tu salvador lucero;
É infortunios he hallado,
Y agitacion, y un flechador certero!

Hoy... apartado de los mios... triste
Y enfermo y soledoso,

Un deber sacrosanto me reviste
De fortaleza: el ánimo cansado
Quiere cejar; un porvenir sombrío
Le opone férrea valla...
Mas, aunque contrastado,
Siempre el santo deber senderos halla
Por do subir entre asperezas rudas...
¡Ay si del arco, al fin, la cuerda estalla!
¡Ay si las crueles dudas
Rompen mi pecho y mis entrañas hieren!

¡Ten de mí compasion, Dios poderoso,
Si no por mí, por mis amados hijos...
Que con los ojos en su padre fijos,
De él su consuelo aguardan, su reposo!
¡Ten de mi compasion, Dios de los cielos!
Enjuga el llanto que mi rostro baña,
Pon fin á mis desvelos;
Y endereza tu saña
Contra el malvado que tu nombre olvida,
¡Tu nombre, que es la vida!
¡Tu sacrosanto nombre,
Que así en el débil corazon del niño,
Como en el fuerte corazon del hombre,
Con magestad resuena...
Y que rodando por los orbes truena!

HIJA Y MADRE.

Á ***

El amor de una madre
Es flor del cielo
Con que el hogar perfuma
Blando el Eterno...
¡En esta vida
Feliz tú, que su aroma
Das y respiras!

Las glorias de la tierra
Tan codiciadas,
Al lado de tus glorias
Son polvo, nada...
¡Ay! hija y madre,
De la vejez apoyo,
Puerto de un ángel!

¡Que nunca los dolores
Surquen tu frente!
¡Que esa flor nunca falte
De tus verjeles!
¡En esta vida
Feliz tú, que su aroma
Das y respiras!

AMOR-FÉNIX.

A orillas del tranquilo Manzanares
Contemplo mudo cómo muere el dia,
Y hundido en mi habitual melancolía
¡Ay! me traslado á mis elíseos lares.

María, Concha, Andrés, Plácido... altares
Do culto rinde á Dios el alma mia,
Son su ornamento, y el fanal que guia
Mi débil barca en tempestuosos mares.

Amor de esposo en mis adentros mora,
Amor de padre en mis adentros crece,
Y el corazon sus ídolos adora;

Que es Fénix este amor, y no perece:
Eterna luz que mi horizonte dora,
Árbol que eterno en mi jardin florece.

RECUERDOS.

Recuerdos de mi patria,
Venid á consolarme,
Que lejos de ella gimo,
Y lejos de mis ángeles.
Bosques de las Mercedes,
¡Cuántos dulces instantes
Á vuestra sombra amena
Y á vuestros mansos aires
Debí en dichosos dias
Con mi dichosa amante!...
Sentados sobre el musgo
Que en vuestras grutas nace,
Olvidados de todos,
Agenos de pesares,
Amor prestó su aliento
Á nuestras almas frágiles.

¡Sed benditos, oh bosques
Que mi dicha abrigásteis
Con vuestra sombra amena
Y vuestros mansos aires!

Campos de la Laguna,
¡Cuántas veces robásteis
Al estudio mis horas,
Mi pecho á los afanes!
Os tendeis, figurando
Un prendido de chales,
Adornos de una ninfa
Bordados de azahares,
Con centro de amapolas
Y franjas de rosales!...
Al brillo de la luna
Vi lucir, cual diamantes,
Los álamos pomposos
De vuestros lindos cármenes,
Y á lo lejos, hendiendo
Regiones celestiales,
Como iman de los ojos,
El celebrado Atlante.

¡Sed benditos, oh campos
Que al estudio robásteis
Algunas de mis horas,
Y al pecho sus afanes!

¡Sedlo tambien vosotros,
Embalsamados valles,
Donde el secreto mora
De suspiros suaves,
De promesas solemnes
Y goces inefables!...
Tejen los *capirotes*,
Del ruiseñor rivales,
Su nido en vuestros sotos,
Al son de sus cantares;
Y enriquecen los frutos
De zonas muy distantes,
Vuestras verdes colinas
Y praderas feraces.

¡Cuándo os veré de nuevo,
Testigos inmortales
De mis tiernos amores,
De mis dichas fugaces!..
¡Adios, hermosos campos,
Adios, dulces lugares
Do resbaló mi infancia,
Do reposan mis padres!

LA ESPERANZA.

Por entre sombras infeliz viajero,
Perdido el rumbo, sin parar camina:
Un precipicio aquí, y allá una espina
Marcando van su lóbrego sendero.

«¡Sin fin luchar con mi destino quiero!»
Exclama, y sigue, y la cerviz no inclina;
Porque dentro de sí llama divina
Siente abrasar su corazon de acero.

Hondos abismos á su espalda deja,
Y zarzales y horror; y el blanco alcanza!
Su triunfo al cabo el vencedor festeja.

¿Quién en tan árdua lid la confianza
Supo inspirarle y acallar su queja?...
El rayo celestial de la Esperanza.

MELODÍA.

Cuando en la noche fiera
De mi dolor, adormecido estaba,
«Espera, ¡oh padre! espera...»
Dijo una voz que angelical sonaba.

Dulce, como el suspiro
Que esparce al viento embalsamada brisa,
Penetró en mi retiro
La blanda voz de la inocente Luisa (1).

¡Pobre boton de rosa,
Que al ir á abrirse el vendaval tronchara!
¡Oveja candorosa,
Que degolló el destino al pié del ara!

---

(1) Alude á una prima del autor.

Cuando sus padres fueron
Á recoger el virginal perfume,
Sus adioses oyeron...
¡Ay del que un dia asegurar presume!

Resguardaban la fuente,
Y arrebatóla el caudaloso rio,
Trasformado en torrente...
¡Era su amor... como tambien el mio!

¡Por siempre en mi memoria
Quedó su faz, su corazon, su vida!
Vírgen, voló á la Gloria;
Hombre, suspiro por la flor perdida.

«Espera, ¡oh padre! espera...»
Así su voz angelical sonaba,
Cuando en la noche fiera
De mi dolor, adormecido estaba.

«En mis palabras fia:
¡Por tí y los tuyos incesante velo!
Pronto á llegar va el dia
En que dé oido á mi oracion el cielo.

Buen padre y fiel esposo,
Dios tus virtudes premiará con creces,
Que hasta él oloroso
Sube el incienso que á su gloria ofreces.

De tu hogar los dolores
Van ya á alejarse: llegarás al puerto;
Y las cándidas flores
En grupos mil alfombrarán tu huerto!»

REUNION.

¡Ellos son, ellos son! Del coche saltan
La dulce madre, la inocente hija,
Los pequeñuelos... Con la vista fija
Los busco: perlas su semblante esmaltan.

¡En tal momento las palabras faltan
Al labio paternal! Ni á quien elija
Sabe mi corazon, en la prolija
Lucha de afectos que en tropel lo asaltan.

Tras larga noche su apacible lumbre
Me brinda amiga la ruiseña aurora,
Y evito la enojosa muchedumbre;

Y solo al fin con los que el pecho adora,
Al Dios bendigo que del alta cumbre
Mi pobre hogar con sus destellos dora.

Madrid, Noviembre de 1851.

A MI HIJA.

Hija, los dias de la infancia tierna
Huyeron al no ser; á los albores
De la risueña aurora
Sustituyó la luz que el orbe dora,
Al capullo las flores.
El sentimiento de tus ojos mana,
Vivo, pero inocente,
Y aunque puro, vehemente.
En tus mejillas vese ya la grana
Aparecer, si alguno lisonjero
Te dice que tu rostro es hechicero,
Ó jura (las más veces con mentira)
Que te idolatra, que por tí delira.

Has entrado en la edad de las pasiones,
De los peligros... y contarte quiero
Una sencilla historia

Que grabada tendrás en la memoria,
Para que en los bajíos
Del tempestuoso mar que llaman vida,
No vayas á estrellarte inadvertida.

En un pueblo de corto vecindario
Dos jóvenes moraban
Que desde niños con ardor se amaban.
No te diré si el cielo de hermosura
Los dotó con usura,
Ni atañe á nuestro asunto
Esclarecer tan delicado punto.
Eran, sí, de alma cándida, no viendo
En derredor sino un plantel de flores,
Y á este mundo creyendo
Asilo de la paz y los amores.
Sus padres conocian
El cariño inocente que abrigaban,
Y á él no se oponian
Porque sus suertes enlazar pensaban.

Un dia... el padre de la jóven tuvo
Que marchar á la córte,
Sin que el porqué ni el cómo nos importe;
Y persuasion no hubo
Capaz de detener en sus hogares
Al jóven tierno, que lloraba á mares.
Pusiéronse en camino

Todos, y acaso una tristeza leve
De tiempo en tiempo vino
Á oscurecer el horizonte hermoso
De sus dichas futuras...
¡Como si de almas puras
Fuese la prevision dote precioso!
Atrás dejaban la serena fuente
Deslizando suave
Por el prado su límpida corriente;
El canto no aprendido con que el ave
Al despertar el sol los saludaba;
Y en la córte tal vez los aguardaba
Con sus tormentas mil el Oceano,
La garra del milano!...
En estas reflexiones embebidos,
No es de extrañar que triste
El viaje á los amantes pareciera;
Mas luego, introducidos
En la ciudad, do la ilusion primera
Seduce con su encanto,
Tornó la risa y acabóse el llanto.

De diversion en diversion corrian
Al impulso cediendo
De raudo torbellino;
Y la embriaguez felicidad creian;
Y gozando y riendo
¡Ay! celebraban su feliz destino.

Mas, á poco, la jóven á su lado
Tan complaciente no miró al amado;
Y al oir sus excusas, en sus ojos
Leyó una cosa extraña...
(¡Que en esto nunca la mujer se engaña!)
Y expresó sus enojos
Dulce al principio, desdeñosa luego,
Y al fin con ira, con pasion, con fuego.
Y de llorar cansada,
Advirtió cierto dia
En la tierna mirada
De uno que á todas partes la seguia.
Pudorosa, los ojos apartando,
Pensó en su amante y continuó llorando.
Pero... la soledad en que vivia...
El femenil despecho...
La aparicion constante de aquel hombre...
Lograron... (Hija mia, no te asombre
Tal proceder, pues te refiero un hecho
Que es, por lo natural, inevitable,
Sin que tachar se pueda de mudable
Á la mujer cuya pasion sincera
Un pago tan indigno recibiera)
Lograron que por fin correspondiese
Al nuevo amante; y parecióle entonces
Sin gracia el otro, de modales rudos,
Y los dichos agudos
Y gentil apostura

Admiró del Adónis cortesano
Que en estilo galano
Sin cesar ponderaba su hermosura.
¡Cuántas víctimas hace
La lisonja en el sexo femenino!
Pues si del corazon no satisface
El impulso divino,
Arrastra la voluble fantasía...
¡Jamás su voz escuches, hija mia!

En tanto el jóven, cuyo amor tan puro
Y acrisolado en el recinto fuera
De los patrios hogares,
Vivo, inexperto, presuntuoso, impuro,
El grito ahogó de su pasion primera
En los brindis de infectos lupanares.

Así se destruian
Los planes de ventura
Que en su inocente edad formado habian;
Y una dicha segura
Dejaban por correr tras una sombra
Que el mundo *dicha* en su delirio nombra.

La jóven, halagada
Por las promesas de su nuevo amante,
Creyó ¡desventurada!
Ante sí ver un porvenir brillante,

Diverso del que un dia le ofreciera
El aura mansa de gentil pradera.
Los ruidosos placeres de la córte,
Las alfombras riquísimas de Oriente,
Un mundo maldiciente,
Al corazon sin velo,
Á la pura alegría,
Al florecido suelo
De su nativo hogar anteponia.

Una noche... Magníficos estaban
Los salones de baile, do la moda
Era la reina; y sin cesar cruzaban
Rápidas como el viento,
Al compás de una orquesta numerosa,
Parejas elegantes
De orgullo, pompa y juventud radiantes.
Nuestra jóven seguia
Con los ávidos ojos
Á su nuevo amador, cuyos antojos
Eternamente dominar creía.
Miróle de improviso
Fijar la vista en una dama bella,
Del lujoso salon brillante estrella;
Y leve nubecilla el paraiso
De su ventura oscureció. Sonaron
Los acordes de un wals, y en el momento
El jóven y la dama se lanzaron

Con raudo movimiento.
Miradas elocuentes
Entre ellos se cruzaban,
Y casi se tocaban
Sus encendidas frentes...
Entretanto, allí habia
Quien de celos moria,
Quien su existencia diera
Porque el wals infernal se concluyera.

Y el wals se concluyó; mas la infelice
Siguió sumida en el dolor más hondo,
Y una voz desde el fondo
Del corazon, «¡Es un traidor; te vende!»
Sin cesar le gritaba;
«Mintió cuando te dijo que te amaba.»

Y la jóven celosa,
Cuanto celosa ciega,
Como ciega perdida
En un mar de encontradas reflexiones,
Al huracan que la envolvió se entrega,
Y ya desvanecida,
Allí mismo le pide explicaciones.
«¡Explicaciones!... ¿y por qué? no estamos
En la aldea, querida;
Ni aquí, mi bien, como en el pueblo amamos.
¿Ves? Me has puesto en ridículo con ese

Lujo de amor, y todo el mundo rie.»
Así contesta, y vase, y á la dama,
Que su triunfo celebra, y de él se engrie,
Refiere el caso; á la infeliz proclama
Reina de tontas... Una polka suena,
Y con la dama lánzase á la arena.

Ella... roto el encanto
Del porvenir dichoso que entrevia,
Lloró en su casa hasta aclarar el dia;
Mas con la luz del sol cesó su llanto.
Cesó, que el alma recobró su imperio,
Gozando al fin de los sentidos libre;
Y en el supremo instante
De aquella gran victoria,
Oyó la jóven á su antiguo amante
Apellidarla su deidad, su gloria!

Víctimas de una loca fantasía,
Ventura ambos creyeron
Lo que era solo vanidad, falsía;
Y el pago recibieron
Que en el mundo reciben
Los que de vanas ilusiones viven.

«¡Huyamos!» dijo, en éxtasis divino
La jóven sepultada:
«Dejemos esta córte, do el destino

Desuniera al amado de su amada!»
«¡Huyamos, sí!» con júbilo el mancebo
Repitió, y juntos á la par gritaron:
«¡Serán de hoy más mi norte, mis delicias,
La sencillez, el campo, tus caricias!»

Inútil es decir si se casaron,
Y si dichosos fueron...
¡Ovejas que un instante se extraviaron,
Y arrepentidas al redil volvieron!

Hija mia, en el mundo,
Si se deja arrastrar de los sentidos,
Sus dias mira para el bien perdidos
La infelice mujer: duelo profundo
La aguarda en pos, y la insultante mofa
De los mismos que viles
Marchitaran la flor de sus abriles!
¡Hija! los goces que del alma nacen
Á los demás prefiere;
Que los sentidos, si un momento acaso
Al hombre satisfacen,
Perecederos son, y ella no muere.

LÁGRIMAS.

Las perlas que derraman
Tus ojos bellos,
Semejan resplandores
¡Ay! del lucero...
Llora, ¡mi vida!
Que mirarme en tus ojos
Es mi delicia.

Si es de amores tu llanto,
Siento yo amores;
Si te le arrancan penas
Triste me pones...
Llorando, ¡oh cara!
Presides mis destinos;
No ruegas, mandas!

Cuando descienden tersos
Por tus mejillas
Los hilos de diamantes

Que te hacen rica,
Mirar yo creo
Las estrellas que cruzan
El firmamento.

¿Qué me importa la risa
De otras mujeres,
Si lágrimas tus párpados
Para mí tienen?
¡Llora, mi vida!
Que mirarme en tus ojos
Es mi delicia.

RECUERDOS.

Á mi esposa.

De una enfermedad terrible
Apenas salido habias,
Y á respirar te llevaron
El aura de las campiñas;
Esa atmósfera tan pura,
De ciudades enemiga,
Que al semblante del enfermo
Torna el color y la vida.
¿Te acuerdas?... Al despedirnos
La palidez te cubria,
Y tus ojos, que otras veces
Un dulce fuego vertian,
Con trabajo los alzabas
Y hácia mí los dirigias.
Tus labios, antes la fuente

De do manaba mi dicha,
Con acento moribundo
Un triste *adios* repetian...
¡Y apenas entre tus manos
Pudiste estrechar las mias!

Era una tarde apacible...
El aura quieta dormia
En el seno de las flores
Que son sus fieles amigas.
Hácia poniente sus rojos
Cabellos el sol tendia,
Á la enamorada tierra
Dando así la despedida.
El mar, ese inmenso espejo
En que el Eterno se mira,
Sus matices ostentaba
Y su rica pedrería.
Santa Cruz, hermoso pueblo
De las Fortunadas islas,
Con sus blancos edificios
Y su atmósfera tan limpia,
Divisábase á lo lejos,
Como quien busca en la orilla
Del Atlántico el aroma
De sus benéficas brisas.

El toque—de una campana
Melancólico se oia,
Que como nos dice Dante
En su epopeya divina
Pareciera que lloraba
Al ya moribundo dia.
¡Todo era solemne! ¡Todo
Revelaba la infinita
Idea del Ser, que es fuente
De tan altas maravillas!

En esa tarde sublime
Volé en alas de mi dicha
Al campo donde tus fuerzas
Poco á poco reponias.
¡Aquel sitio, aquella tarde
No olvidaré mientras viva!...
Cuando mi alma inundaba
De placer tal perspectiva,
Te ví venir... más ligera
Al correr por la campiña
Que una sílfide, y tendiendo
Los brazos, de amor henchida,
Hácia mí, que te aguardaba
Con la inefable delicia

Del náufrago que la tierra
De salvacion cerca mira.
Un sombrerillo de paja
En la cabeza traias,
Y este adorno tan sencillo
Con sus flores y sus cintas
Mejor que blondas y encajes
Cuadraba á tus formas lindas.
Pero ¡los ojos!... En ellos
La felicidad lucia,
Y con ternura indecible
En los mios la infundias!
¡Felicidad del que siente
En sí la llama divina
Del amor, y en pecho digno
Del suyo la ve prendida!
¡Felicidad del que sabe
Que en la tierra noche y dia
Hay quien su imágen presente
Tenga, y el culto le rinda
Que el hombre de honor tributa
A la que su honor le fia!

Ya no eras la enferma jóven
De faz pálida y marchita;
Otra vez brotaban frescas

Las rosas en tus mejillas;
Esas rosas que los años
Respetan, y que armonizan
Con la hermosura del alma
Que dentro de tí se abriga..
¡Cómo mi mano estrechaste
En tu amor embebecida!
¡Qué música oí en tus labios!
¡Qué magia vi en tu sonrisa!
¡Qué juramentos hicimos
Ante la escena magnífica
De la noche que empezaba
Y el sol que se despedia!...

Hoy... que los años han ido
Destruyendo tan aprisa
Las risueñas esperanzas
De mi vírgen fantasía,
El recuerdo de esa tarde
Mi espíritu reanima.
Hoy... al ver que mis promesas
Han sido todas cumplidas,
Que el ósculo del esposo
El pacto que nos unia
Selló, y eres la corona
De mi hogar, de mi familia,

Las tinieblas que oscurecen
Mi porvenir se disipan,
Y Dios con su santo fuego
Mi corazon ilumina.

¡POBRE NARCISO!

En las elíseas llanuras
Modesta fuente brotaba,
Y de las flores más puras
Las campestres amarguras
Con sus linfas endulzaba.

Galan de las rosas bellas
Un Narciso allí lucia;
Con el alba sonreia,
Y á la luz de las estrellas
Sus aromas esparcia.

Era abundosa la fuente,
Sobraba á la flor donaire;
Pero un dia, de repente,
Tragóse á aquella un torrente
Y á'la flor faltóle el aire.

---

(1) Alude á un primo del autor.

¡Pobre Narciso!.. perdiendo
Fué sus hermosos colores
Y poco á poco muriendo,
Desde que no vió corriendo
La fuente de sus amores!

Si un soplo vivificante
Su tallo á tiempos mecia,
Relámpago era brillante
Que deslumbraba un instante
Y veloz desparecia.

¡Cayó por fin marchitado!
Ya no baña en sus olores
Las frescas yerbas del prado,
Porque le dejó olvidado
La fuente de sus amores.

LA VERDADERA DICHA.

¿Quieres, niña, que cante
Una tonada alegre,
Cuando en redor no miro
Sino vicios aleves,
Y espantosas miserias
Que el ánimo entristecen?
¿Dó iré á buscar imágenes
De esas que te divierten,
Si el porvenir me asusta
Y me agobia el presente?...
—Deja, deja esos vicios,
En miserias no pienses,
Que la virtud sonrie
En tus hogares siempre,
Fada de hermosos ojos
Y de serena frente!
No hay nada comparable
Á la dicha de verse

En medio de los suyos,
Con el alma inocente.
En tí la atroz sospecha
Nunca el puñal aleve
Clavó, feliz esposo,
Padre feliz mil veces!
Cuando, tras la fatiga
De trabajos perennes,
En los brazos del sueño
Buscas reposo breve,
Á él te entregas, seguro
De que no habrá quien vele
Junto á tí, meditando
Faltar á sus deberes.
Mucho, lo sé, te cuesta
Luchar con la corriente
De ese mar, cuyas olas
Á tantos enaltecen;
Sé que contigo cruda
Se ha mostrado la suerte,
Negándote riquezas
Y honores... (que así entiende
El mundo la fortuna,
Sin que nunca escarmiente);
Pero esas dichas todas
Cual humo desparecen,
Porque son, como el humo,
Vanas, fugaces, leves,

Y la que tú disfrutas
Ni aun acaba en la muerte!
Deja, pues, esos vicios,
En miserias no pienses,
Que la virtud sonrie
En tus hogares siempre,
De tu hija en los ojos,
De tu esposa en la frente.

UN EPISODIO.

Las Canarias.

¡Bramó el mar, gimió el viento!
¡Las olas en las nubes se estrellaron,
Y al orbe desgarraron
Con vórtice violento!
Despedazado el cuerpo del gigante,
Hundióse en el abismo el grande Atlante.

Y al cesar la tormenta
Viéronse allí sobrenadar galanas
Siete rocas hermanas...
De la ruina sangrienta
Brotaron lindas, y un jardin de flores
Las convirtió en Eden de los amores.

Afortunadas fueron,
Y *Afortunadas* las llamó la tierra;
Que no allí de la guerra
Los clarines se oyeron,
Ni su suelo se vió de sangre tinto.
La Paz moraba en su feliz recinto.

Un cielo azul, brillante,
Un blando clima, un encumbrado monte
Que en el terso horizonte
Brilla, inmenso diamante,
Y señala su rumbo al marinero,
Y da esperanza al infeliz viajero;

Los valles misteriosos
Que á amar convidan con su sombra amena,
Donde el arroyo suena,
Y en trinos melodiosos
Pájaros mil saludan á la aurora,
Que allí sus perlas más preciosas llora;

De Elíseos les valieron
El grato nombre en el antiguo mundo,
Do en sosiego profundo
Á las almas fingieron
De los que justos proclamó la historia.
¡Única cierta y merecida gloria!

El tiempo su carrera
Precipitó: la tempestad sombría
Volvió á tronar un dia,
Y estremeció la esfera!
Hombres sin compasion, *civilizados*,
En sangre hundieron los elíseos prados.

¡Ay de los habitantes
Que en paz vivian y en amor soñaban!
¡Del sueño despertaban
Para morir gigantes!
Bencomo el Grande, Tanausú, Tinguaro,
Doramas... ¡Ay de su valor preclaro!

¡Héroes del suelo mio!
Lágrimas doy á vuestra acerba suerte,
Á vuestra heróica muerte,
Á vuestro excelso brio!...
¡Mártires de la patria, una mirada
Á ella volved, de la eternal morada!

¿No la veis cómo llora
Y os tiende triste sus amantes brazos?
¡Ay, que rota en pedazos
Un cáncer la devora!...
Sus hijos son los que su pecho hieren,
Sus hijos son los que matarla quieren!

El Bátavo cayendo
Sobre el jardin que el Guiniguada riega,
Creyó en su furia ciega
Dominarlo tremendo;
Pero se alzó la patria esclarecida,
Y puso al invasor en torpe huida.

El adalid britano
Que venció en Abukir, al Teide altivo
Se figuró cautivo...
Y al alargar la mano
Hácia el gigante, la perdió, y con ella
Nelson perdió su venturosa estrella.

¡Magníficos blasones!
¿Y aspirais á empañar tan noble historia,
Legando á la memoria
Vuestras ruines pasiones?...
¡Si ansiais gozar de más dichosos hados,
Vuestras fuerzas unid, desventurados!

¡Piedad de nuestro clima,
De nuestro fértil y encantado suelo,
De nuestro hermoso cielo!...
Vais á abrir honda sima
Con esas tristes disensiones locas
Á las un dia afortunadas rocas.

Agosto de 1854.

LA HUÉRFANA [1].

Imitacion del aleman.

En medio de un manso rio,
Que nace allá no sé dónde,
Hay una isla cercada
De mil pintorescos bosques.
Entre copudas encinas
Un templo antiguo se esconde,
Y apenas vense sus puertas,
Y están veladas sus torres;
Porque las plantas silvestres
Penden formando festones,
Y ciñen de enredaderas
Muros que la edad corroe.
En el atrio de aquel templo
Un gremio de pescadores
Celebraba los domingos
Sus sencillas reuniones.

(1) El original es de Bronner.

Allí hablaban de sus redes,
De los mercados mejores,
De las últimas ganancias,
Ó del vuelco de algun bote.
De tiempo en tiempo se oian
Más altas conversaciones;
Y eran los recien llegados
De la poderosa córte
Que contaban las riquezas
De sus magníficos coches,
De sus soberbios palacios,
De sus estátuas de bronce...
Deslumbrábanse al principio
Con tal lujo y tales goces;
Pero llevábase el viento
Sus doradas ilusiones
Cuando el orador hacia
La pintura de los pobres
Que los alcázares cercan
Con la ropa hecha girones.
Ellos ni harapos vestian,
Ni andaban tras los señores,
Mugriento pan aguardando
Y sufriendo humillaciones.

Un dia... El sol alumbraba
Con más claros resplandores,
Más azul que de costumbre

Lamia el agua los bordes
Del abrillantado rio,
Jardin de silvestres flores.
Un anciano venerable
Ante el gremio presentóse
Con una niña en los brazos,
Y así á los demas hablóles:
—¡Hermanos! Dios recompensa
Con sus celestiales dones
Al que es de piedad ejemplo,
Al que la orfandad acoge.
En una cuna de mimbres,
Hará seis ó siete noches,
Á esta linda criatura
Junto á la márgen hallóse.
¿La adopta el gremio por hija?
—¡Sí! exclamaron muchas voces.
Y prosiguiendo el anciano,
Dijo:—¡El Cielo sus favores
Os dispense, camaradas,
Pues sois de virtudes norte!
Pero es preciso que alguno
Á su cuidado la tome,
Y al través de los bajíos
Que pavor al alma ponen,
Sobre los mares del mundo
Guie sus inclinaciones.
De su educacion los gastos

Por cuenta del gremio corren:
¿No es así, amigos?—¡En ello
Estamos todos acordes!
Gritaron: dará con gusto
Cada cual lo que le toque.
—Pues el que quiera encargarse
De la inocente, que apronte
Para abrazarla, sus brazos,
Para amarla, sus amores!

Calló el anciano, y silencio
Todos guardaron entonces.
Nadie sus brazos abria...
Mirábanse aquellos hombres,
Esperando unos por otros,
Cual si abrigaran temores
De romper el cauce estrecho
Á sus caras afecciones.
De repente, un mozo alto,
Robusto y de rostro noble,
Se adelantó.—¡Viva! ¡Viva
El rey de los pescadores!
Gritó el venerable anciano:
—¡Viva! exclamaron los jóvenes.
El mozo impuso silencio,
Y dijo:—Oid mis razones.
Yo me llevo á esta inocente;
Y ofrezco al abuelo Cosme,

Para abrazarla , mis brazos,
Para amarla, mis amores.
Pero aceptad las que os pongo
Necesarias condiciones:
La porcion que á cada uno
Suministrar corresponde
Para el sosten de la huérfana,
La acepto... para su dote!
Depositese anualmente
En este templo...—¡Conformes!
Gritaron todos: no hay nadie
Que á tales proposiciones
Se niegue: ¡Pedro, buen Pedro,
Dios de venturas te colme!
Y á la encantadora niña
Entre los brazos del jóven
Puso el generoso viejo,
Cual tierna vid junto á un roble.

El sol continuó alumbrando
Con más claros resplandores,
Y azul, más que de costumbre,
Lamia el agua los bordes
Del abrillantado rio,
Jardin de silvestres flores.

MELODIA [1].

Cuando en el tierno júbilo
De la madre y la esposa
Alzabas tu alma á Dios,
Sombra terrible y fúnebre
En noche tenebrosa
Hundió tu claro sol!

¡Ay de la esposa cándida!
¡Ay de la madre pura
Que imaginó un Eden!
Sopló viento fatídico
Y abrió una sepultura
En medio del verjel.

---

(1) Alude á la temprana muerte de doña María del Cármen Martinon de Baudet, prima política del autor.

Dentro tu seno púdico
Formábase el tejido
De una rosa gentil;
Mas la violenta ráfaga
Dejó desvanecido
Su vívido carmin.

Nave del cierzo víctima
Que azotó la onda amarga
Del tormentoso mar,
Y en revuelta vorágine
Sepultó con su carga
La ronca tempestad!

¡Cármen! Huiste el lóbrego
Abismo de este suelo,
De crímenes mansion;
Y la espléndida bóveda
Cruzaste de ese cielo,
Dosel del Criador.

Una ofrenda de lágrimas
Tributa á tu memoria
De tu madre el pesar;
Porque el hogar doméstico
En tí perdió su gloria,
¡Oh esposa virginal!

¡NIÑOS DEL ALMA!

¡Hélos ahí! ¡qué hermosos!
Saltan y juegan,
Como dos cervatillos
En la pradera...
¡Niños del alma!
De mis dias oscuros
Sois la alborada.

Ya enlazándose luchan
Con tiernos brazos,
Ya ruedan por el suelo,
Ya están en alto...
El que los mira,
De la niñez los dulces
Goces envidia.

¡Cómo de la inocencia
Vense las rosas
Naciendo en sus mejillas,
¡Ay! y en sus bocas!
Si acaso sufren,
Dora la edad sus penas,
Cual sol las nubes.

Pendientes de mi cuello,
Forman conmigo
La imágen de la parra
Con sus racimos.
Miel grata y pura
En mis labios de padre
Sus labios buscan.

Brota en ellos la risa,
Como en el campo
Las delicadas flores
Que engendra Mayo.
Naturaleza
Posándose en sus rostros
Los hermosea.

Hijos, ¿qué vale el oro
Si se compara
Con las preciosas perlas
De vuestras almas?

Perlas de amores,
Que á las demas prefieren
Los corazones.

¡Volad! que en mis rodillas
Sentaros quiero;
Por vosotros suspiro
Cuando no os veo!...
¡Niños del alma!
De mis dias oscuros
Sois la alborada.

PRELUDIO.

¿Qué ves allá en la espesura,
Cuando el dia va á morir?
—Veo á un ángel sonreir
Con tu sonrisa tan pura.

¿Qué miras, di, de esa fuente
En el clarísimo espejo?
—De un astro miro el reflejo,
É imagino que es tu frente.

¿Qué buscas en las auroras,
Al verlas, di, despuntar?
—Busco en su blando llorar
Las lágrimas que tú lloras.

Porque eres en mis hogares
Ángel de paz y consuelo,
Aurora en mi triste cielo,
Astro en mis inquietos mares!

UNA VIRGEN MAS [1].

A mi hija Concha.

¡Murió!... Los querubines
Ante el trono de Dios cantan *hosana*;
Pues llega á los confines
De la celeste bóveda una hermana.
¡CÁRMEN! ¡Bendito tu dichoso nombre
En los labios del ángel y del hombre!

¡Llora, hija mia, llora,
Que consuela el llorar, luz de mi vida!
Y perla de la aurora
Era en tu amante corazon prendida:
¿Cómo de allí arrancarla sin herirte,
¡Ay! sin el tierno corazon partirte?

---

(1) Alude á una hermana de la LUISA de la Melodía, pág. 115, y del NARCISO de las quintillas, pág. 136.

En el aire vagando
Suspira con la brisa, ángel de amores!
Y nos está mirando
Coronada la sien de blancas flores;
Porque vírgen murió, cándida y pura,
Tesoro de inocencia y de dulzura.

Cuando un alma tan bella
Como la suya dentro el pecho anida,
¡Ay! nos lleva tras ella,
Como lleva á su sombra el cuerpo asida,
Si desparece, fáltanos el aura
Que las fatigas del vivir restaura.

¡Por eso en triste llanto,
Hija, se anegan tus hermosos ojos!
Disipóse tu encanto,
Y en vez de flores encontraste abrojos.
¡Ay infeliz del que ilusiones sueña,
Y luego en un abismo se despeña!

¡Ay de los padres tiernos
Que en su preciosa juventud gozaban,
Y creian eternos
Los dones del amor que atesoraban!
Rujió la tempestad; y desengaños
Solo ya restan á sus viejos años.

Está en acecho de incautos...
¡Rey Erico, el plazo es corto!

Fiestas solemnes prepara
En su espléndido palacio
De Slesvig el duque Abel
Para obsequiar á su hermano.
Risueños están los rostros
En la ciudad y en los campos,
Las cabalgatas son muchas...
¡Qué festines! ¡qué saraos!
Pero no hay nada que iguale
Por el lujo y el boato
Al banquete que en el rio
Da Abel á su soberano.
Las flores con su perfume
Y las aves con su canto
Celebran á los dos príncipes
Que así olvidan sus agravios.
Dinamarca ver espera
Brillar horizontes claros
Tras las tormentas civiles
Que su seno han destrozado.
El rey Erico sonrie
Á sus leales vasallos,
Y aplaude el paciente vulgo,

Y aplauden los cortesanos.
Solo en la frente de Abel
Se advierte un matiz opaco
Que enturbia la limpia atmósfera
De aquel cielo sonrosado.

—¡Bendiga Dios la entrevista!
Exclama Erico, y hagamos
Que á renovarse no vuelvan
Esos dias tan aciagos.
Diciendo así, escancia el vino
En la copa de su hermano,
Y á brindar con él le invita
Por la paz de los Estados.
Se oscurece más la frente
De Abel...—Hoy hace dos años,
Acuérdate, rey Erico,
Que el país entraste á saco,
Y que obligaste á mi hija
Á andar con los piés descalzos
Entre mendigos oculta...
¿Lo has, rey Erico, olvidado?
—Cálmate, Abel, que aun conservo
¡Vive Dios! bienes sobrados
Para á tu hija indemnizar...
—Guarda, Erico, tus regalos.
—Duque Abel, la misma sangre
Corre en las venas de entrambos.

—Rey Erico, ese recuerdo
No detuvo, no, tu brazo
Cuando huérfanos y viudas
Lloraban su desamparo.
—Duque Abel, el mismo padre
Nos engendró, y perdonarnos
Debemos nuestras injurias
Al fin, cual buenos cristianos.
—Rey Erico, ¿te acordaste,
Di, de serlo hace dos años?

Y al punto, á una seña suya,
De Erico se apoderaron
Los sayones que dispuestos
Tenia para aquel acto.
Pusiéronle en una barca
Sujeto de piés y manos,
Y llevólos la corriente
Rio abajo, rio abajo.

—¡Vas á morir, rey Erico!
—Lo sé; ¡conozco á mi hermano!

Y la cabeza del cuerpo
Los sayones separaron;
Atáronle gruesas piedras;
Que atribuir al acaso
El fratricida queria

Su traidor asesinato;
Mas á la orilla las olas
El cadáver arrastraron,
Y en la superficie iba
La diestra mano flotando,
En ademan de pedir
Venganza á Dios soberano.

Rey Erico, te fiaste
De banquetes suntuösos,
De cariñosas palabras,
De amables, melífluos rostros,
Y fuiste ¡ay mísero! á dar
Oveja en boca del lobo.

II.

Hasta las nubes el triunfo
Del nuevo Cain alzaron
Veinticuatro caballeros
Dignas ramas de aquel árbol.
Y de Lund el arzobispo
Su ministerio manchando,
La corona al fratricida
Ciñó con trémulas manos.
Las fiestas se sucedieron,
No escasearon los aplausos,
¡Que hay siempre quien solemnice
Al delito coronado!
Todo al principio fué júbilo,
Todo flores, todo encanto;
Dinamarca parecia
Dormirse al arrullo manso
De engañadoras promesas,
De juramentos violados.
Era que el lobo acechaba
Su presa, la hora aguardando

De hincarle el agudo diente
En el abierto costado.
Y Abel concedió franquicias
Á sus súbditos incautos,
Y libertades mintiendo,
Fué los derechos robando.

De repente un ruido sordo,
Como el que anuncia cercano
Terremoto, por los aires
Se esparció; voces llegaron
Precursoras del peligro
Al alcázar soberano.
—¡Son los traidores de Frisia!
Gritó Abel: ¡A ellos! ¡Corramos!
¡Mis armas! ¡Mis caballeros!
—¡La venganza de tu hermano!
Dijo una voz sepulcral
Al oido del malvado.
Conmovióse el reino; aceros
Con aceros se cruzaron;
De Frisia los campeones
Llenos de heróico entusiasmo
Ofrecieron libertar
La tierra de aquel tirano.
—Rey Abel, ¿á dónde corres?
¡Erico te está llamando!
—Que me espere, y lucharemos.

—¡Fratricida!—¡Hermano! ¡Hermano!

Abel cruzó las llanuras,
Y penetró en los pantanos
De la Frisia, y al pasar,
Por su destino impulsado,
El cauce estrecho del Eider,
En el pegajoso fango
Con el peso de sus armas
Quedó el triste aprisionado.
Esfuerzos terribles hizo
Para romper aquel lazo
De inmundo cieno, mas todos
Á romperlo no bastaron.
Y oia desde su cárcel
Sonar los ferrados cascos
De los corceles de Frisia
Que iban allí á pisotearlo.

¡Abel-Cain, no te quejes
De morir acuchillado,
Que así murió el rey Erico,
El rey Erico, tu hermano!

El cuerpo del fratricida
Sus parciales rescataron;
Honras fúnebres le hicieron
Que en espléndido boato
Dejaron atrás la pompa

De los más ricos Estados.
Pero el sepulcro al impío
No fué lugar de descanso;
Que el alma de Abel, errante
En los solitarios claustros,
En los parajes sombríos,
En la iglesia , en el palacio,
Por do quier iba esparciendo
Mudo horror , mortal quebranto!
Para ahuyentar al vampiro
El cadáver exhumaron;
Lleváronle de allí lejos,
Y en sitio agreste , apartado
De las humanas viviendas,
Con pavor le sepultaron.
¡Ah! ¡Ni aun así el fratricida
Durmió en paz! Gritos extraños
En las aldeas más próximas
Oian los aldeanos,
Y entre las voces el nombre
De Erico siempre sonando.

Hoy... en el bosque, se suele
Oir el tañido sonoro
De una trompa, y á la caza
Parten ginetes monstruosos
En magníficos bridones

Que tienen rayos por ojos.
Al frente va el rey Abel
Montado en un negro potro,
Y es tan veloz la carrera,
Y los momentos tan cortos,
Que aparece y se disipa
El torbellino en un soplo.
Al sonido de la trompa
Acompaña un grito ronco:
—¡Fratricida! ¡Fratricida!
¡Jamás hallarás reposo!

LA FLOR Y LA NIÑA.

¿Por qué reflejan tus ojos,
Niña, esa dulce tristeza?
—Flor, porque siento en el alma
Un malestar que me inquieta.
—Niña hermosa, niña hermosa,
Esos pesares destierra...
—¿Cómo podré desterrarlos,
Flor, si el corazon me llenan?
—¡Lástima grande me inspira
Tu padecer, niña bella!
—¿Por qué?—Porque estoy mirando
Que tu libertad no aprecias,
Que á la esclavitud caminas,
Que van á ahogarte las penas.
—Me asustan, flor, tus pronósticos!
Sigue, aunque de susto muera.
—Hay, pobre niña, en el mundo
Una voz que el alma impregna

De placeres ilusorios,
De desdichas verdaderas.
Voz armoniosa, encantada,
Que cuando al oido suena
De una jóven candorosa
Sus mejillas sonrosea...
Voz que un ángel inventara,
Pero que luego en la tierra
Adulteró, como siempre,
El que todo lo adultera;
El hombre.—Flor, por tu vida,
Dime qué palabra es esa.
—Á tu corazon pregunta,
Que él te dará la respuesta.
—Su nombre...—¿No lo adivinas?
Te lo diré, pues te empeñas.
El amor.—¡Ah!—¿Lo estás viendo?
Una amapola semejas.
¡Pobre niña, pobre niña,
Ya estás muerta, ya estás muerta!
Como el viento me deshoja,
Y los calores me secan,
Amor ajará tus galas,
Galas que á brillar empiezan.
Flor del jardin de la vida,
De candor sencillo emblema,
En mí de cuanto te he dicho
Tienes la más clara muestra.

Nací hermosa: me llamaron
De los verjeles la reina...
Pero amé... y estoy marchita...
—¡Calla, por Dios, flor siniestra!...
—¿Por qué?—Porque tu discurso
Es tósigo que envenena
Las más caras ilusiones
De mi juventud risueña;
Y dentro del alma siento
Una voz que se rebela
Contra tus tristes augurios,
Contra tu dura sentencia.
—¿Y qué te dice esa voz?
—Que si hay un amor que quema,
Hay otros que purifican...
El de una casta doncella,
El de una madre piadosa,
El de una amiga sincera.
—¡Pobre niña, pobre niña,
Ya estás muerta, ya estás muerta!
—Te engañas, hermosa flor;
Me has curado: ¡ya estoy buena!

EL ESPIRITU DE CARMEN.

A mi hija Concha.

¿Ves el matiz suave
Que las nubes colora,
Cuando amanece el dia,
Cuando empiezan las sombras?
Allí, dulce amor mio,
El espíritu posa
De la vírgen perdida,
De la amiga que lloras.
Desde allí con sus alas
Te protege afanosa,
En medio á los peligros
De este mar, do zozobra
La barquilla que vaga
Á merced de las olas.
Ella vela tu sueño
Y una cancion entona

Cuando dormida ries,
Cuando despierta gozas.
Tus lágrimas de perlas
Le formó la corona
Con que en la altura ciñe
Su cabellera blonda.
De la amistad emblema,
Del caro hogar la gloria,
Sus blandos pensamientos
Eran purpúreas rosas
Que el aire perfumaban
Con delicado aroma...
Mas ¡ay! que como á ellos
Les lució de una aurora
Solo, la viva lumbre,
Y están secas sus hojas!
¡Paz á tu dulce amiga,
Al alma candorosa,
Que velando tu sueño
Una cancion entona
Cuando dormida ries,
Cuando despierta gozas!

LOS DOS ÁNGELES [1].

(Imitacion del aleman.)

Era la hora en que el hombre
Tras un dia tumultuoso
Busca en el lecho un amigo
Verdadero, como hay pocos.
El aura suave gemia
Entre las hojas del olmo,
Imitando los suspiros
Del amante soledoso
Que llama al bien de su vida,
Ayer lucero y hoy polvo.
En esa hora impregnada
De poéticos arrobos,
Cruzando el espacio iban
Dos figuras, cuyos rostros

(1) El original es de Krummacher.

Revelaban dos gemelos
Espíritus vagarosos.
Enlazábanse sus brazos,
Y sè tocaban sus hombros;
El uno apenas abria
Los aletargados ojos,
Pero el semblante era alegre,
Descubriendo interior gozo;
Mientras la faz del hermano
En su tinte melancólico
Mostraba de hondos pesares
El sello misterïoso.
De tanto llorar tenia
Este los párpados rojos...
Era el Ángel de la muerte,
Y el Ángel del sueño el otro.
—¡Feliz estrella la tuya!
Decia en lúgubre tono
Al de semblante risueño
El de los ojos llorosos.
Los hombres ¡ay! te bendicen;
Que tras un dia afanoso
Les brindas dulce descanso,
Les ofreces grato apoyo.
Mientras que yo, hermano mio,
Maldecido soy de todos!...
Y repetia sus ayes,
Y le ahogaban los sollozos.

—No así á la pena te entregues,
No asi dés rienda á tu lloro,
Le dijo el Angel del sueño
Con acento cariñoso.
Que si á los hombres alivio
Doy yo, su término es corto;
Pasa en alas de la noche,
Y con la alborada en torno
Vuelve el dolor, la perfidia,
La ambicion, el lujo, el dolo,
Á esgrimir contra los pechos
Sus puñales alevosos.
Efímeras son mis dichas,
Mis goces son transitorios;
Los tuyos, hermano mio,
Permanentes y gloriosos.
Por una vida agitada
Das un eterno reposo,
La verdad por la mentira,
Por un harapo un tesoro.
Si ingrato el hombre prefiere
Á horizontes tan hermosos
Sus encapotados cielos,
Sus vicios... pronto, muy pronto
Cambia en himno de ventura
La maldicion con que loco
Acoge la mano amiga
Que destruye el vital soplo!

Cesó de hablar el del sueño;
El de la muerte sus ojos
Con inefable dulzura
Elevó al celeste coro,
Y enlazándose sus brazos
Y tocándose sus hombros,
Los dos Ángeles siguieron
Su paseo melancólico.

El aura suave gemia,
Del amante soledoso
Imitando los suspiros
Entre las hojas del olmo.

ESPOSA Y MADRE [1].

¡Cuán inocente y pura
Extendiste las alas,
Y revestida de aromosas galas
Te remontaste á la celeste altura!

Un ensueño tu vida
Fué de castos amores...
Esposa y madre, entre galanas flores
Viste formarse tu ilusion querida.

¡Y qué ilusion tan bella
La de madre y esposa!
¡Qué perfume tan blando el de la rosa!
¡Cuán apacible luz la de la estrella!

---

(1) Alude á la muerte de doña Isabel Murphy de Estevanez, hermana de los dos jóvenes á quienes se refiere la composicion EL MORIBUNDO.

Rosa, te marchitaste...
Pero estrella, iluminas...
Y el hogar de los tuyos patrocinas
Desde ese mundo do volar ansiaste.

Perdiste al compañero
De tu amoroso nido,
Y al ver que no volvia á tu gemido
Tras él seguiste el inmortal sendero.

Allí ireis de la mano
En coloquio suave
Diciéndoos cosas que el mortal no sabe,
Aunque mucho saber pretenda ufano.

Allí libres del peso
De la materia ruda,
Roto ya el lazo de la horrible duda
Que al hombre tiene en este mundo opreso;

Espíritus dichosos
De la mansion serena,
Sin que os perturbe la terrestre pena
Os amareis en Dios, tiernos esposos!

¡Aquí á llorar quedaron
La que meció tu infancia,
La que aspiró tu juvenil fragancia,
Y los que en tu regazo se criaron!

Tus hijos y tu madre
Te piden á los cielos,
Y tú, que ponga alivio á sus desvelos
Pides al que es del universo Padre.

Cuando te amortajaron
Tu espíritu allí estaba
Bello, radiante... y con desden miraba
El cuerpo inerte que en la fosa echaron.

Tu espíritu se oia
Llamar con blando acento:
¡Isabel, te esperamos!... y tu aliento
¡Un instante no más! les respondia.

¡Cuán inocente y pura
Extendiste las alas,
Y revestida de aromosas galas
Te remontaste á la celeste altura!

CÁRMEN Á CONCHA.

Desde el Cielo.

¡Desde aquí, Concha del alma,
Yo te admiro y te bendigo!
Tu felicidad deseo,
Y abrazarte, amiga, ansío.
Arrebatóme la muerte
En su raudo torbellino
Cuando lejos de tí estaba,
¡De tí, que tanto he querido!
Y sin verte ¡ay! en la tierra
Exhalé el postrer suspiro...
¡Cómo por tí, prenda amada,
Cómo por tí lloro y gimo!
Pues hasta en la misma Gloria
Tu casto amor necesito.
¿Dónde está mi dulce madre,
Dónde está la que el arrimo
Fué ahí de mi tierna infancia,
El ángel de mi martirio?

¡Ay, Concha, vela por ella,
Vela, que yo te lo pido!
Clamando estoy por su nombre,
Clamando al Dios infinito.
¡Desde aquí, Concha del alma
Yo te admiro y te bendigo!
¡Adios! ¡No me olvides nunca,
Nunca!... ¡Adios, corazon mio!

EL ABUELO.

Es la voz, es la voz del abuelo
Que baja del cielo
Suäve, suäve...
Es el canto apacible del ave,
Es el aura que mece las flores
Con grato murmullo,
Y besa el capullo,
Y suspira sus castos amores.

Yo le preguntaré.—¿Cómo te llamas?
—Rafael me llamaron en la tierra.
—¿Eres feliz?—Descanso eterno.—¿Amas?
—Mucho.—¿En el mundo qué encontraste?—¡Guerra!

«No llores, hija mia,
Que tu padre es dichoso,
Pues al fin bondadoso
Dios templó su agonía.

No llores, que te tengo,
Hija mia, en el alma.
¡Ay, si vieras qué calma
Reina allí, de do vengo!

¡Felicidad y gloria!...
¡Hija, de mí te acuerda!
¡Jamás, jamás se pierda
Para tí mi memoria!

Llamándote á mi lado
Te expreso mi ternura;
Que es grande mi ventura,
Y fuí muy desgraciado.

¿Qué más, qué más deseas
Para tu caro padre?
Conmigo está tu madre...
¡Hija! ¡Bendita seas!»

Es la voz, es la voz del abuelo
Que baja del cielo...

« Angel purísimo,
Matiz más blando
Que el del crepúsculo
Es ante Dios

Plácido, el hijo
De tus entrañas,
La prenda, el vínculo
De tanto amor. »

Es la voz, es la voz del abuelo
Que baja del cielo
Suäve, suäve...
Es el canto apacible del ave.

«Con los ángeles la veo
Sonreir. Es su hermosura
Cual de un querub dulce y pura...
¿Me la fingió mi deseo?

¡Ah! no, que es ella, mi nieta,
Mi nietecita... mi Chona!
Es del hogar la corona;
Es la musa del poeta!

¡Y cómo, cómo ha crecido!
Embelesado aquí estoy,
Y por eso no me voy...
¡Y por eso no me he ido!

¡Cuando sobre mis rodillas
Orgulloso la sentaba,
Y golpecitos le daba
Con la mano en las mejillas!

¡Cuando mi rostro al poner
Junto al suyo, me decia:
«Pica tu barba» y huia
Para más mona volver!

¡Ay! ante Dios infinito
Aun me siento palpitar,
Recordando aquel llamar
Suyo: «¡Abuelito, abuelito!»

Es la voz, es la voz del abuelo
Que torna ya al cielo,
Suäve, suäve...
Es el canto apacible del ave,
Es el aura que mece las flores
Con grato murmullo,
Y besa el capullo,
Y suspira sus castos amores!

EL ESPIRITU DE LUISA[1].

Peregrinos de un valle de dolores
¿Por qué aspirais las ponzoñosas flores?
Hácia el sepulcro, no temais, mirad...
¡Llorad, llorad!

Palmas buscais con mundanal delirio;
Solo hay una... ¡la palma del martirio!
Hácia el sepulcro, no temais, mirad...
¡Llorad, llorad!

Era muy niña y espiré... ¡Acordaos!
Sois en medio de escollos pobres naos.
Hácia el sepulcro, no temais, mirad...
¡Llorad, llorad!

---

(1) Alude á la Luisa de la MELODÍA pág. 115.

¡RUEGA Á DIOS!

«¡Ruega á Dios! ¡Ruega á Dios!» Esto me dicen
Voces extrañas que mi oido hieren,
Murmullo vago semejante al eco
De los cañaverales que se mecen
Á la márgen del rio... «¡Ruega, ruega!
Que Dios es solo el que volverle puede
La salud á tu hija, á tus amores,
Á esa paloma de tu dulce albergue,
¡Ay! que refresca con sus mansas alas
El vivo ardor de tu abrasada frente.»
Cuando escucho estas voces celestiales
(Porque no son de la mansion terrestre),
Siento un temblor que por mis venas cunde,
Y que no soy el mismo me parece.
Brota del labio la oracion, cual brotan
Las gotas de rocío del perenne
Manantial atmosférico; y palabras
No son comunes, ni tampoco preces

De las que desde niños los mortales
Allá en sus horas de inocencia aprenden;
Son frases melodiosas, inspiradas
Por uno de esos genios que se ciernen
En los espacios y á nosotros llegan
Al través de aromáticos ambientes.
Aunque escribirlas intentase, ¡ah! nunca
Expresar alcanzara el matiz leve,
El inefable encanto de esas voces
Que el labio dice porque el alma siente,
Porque rebosa en sentimiento, y busca,
Y necesita de su Dios, y cree!

«Ruega à Dios! Ruega á Dios!...» Do quier dirija
La planta, escucho el eco mismo siempre.
Entre el gentío, en el desierto, solo,
Acompañado, fíjase mi mente
En el Supremo Ser, y el infinito
Me circunda, me arroba, me enaltece,
Y extraño á los objetos de la tierra
Es en mí todo adoracion solemne.

¡Adoracion!... Cuando las calles cruzo
Con la mirada vaga, indiferente,
Sellado el labio, es que en silencio adoro,
Y me remonto á la mansion celeste,

Y lejos de la tierra, á mis piés miro
Los hombres, sus proyectos, sus placeres,
Sus crudas lides, su ambicion bastarda,
Su ridículo orgullo, sus laureles
Tintos en sangre, su poder de un dia...
¡Ay, que es frágil cristal lo que os parece
Finísimo diamante! ¡Ay, que se quiebra
Al menor golpe de enemiga suerte!
¿Y de qué os sirve, en vanidad henchidos,
Desplegar los mundanos oropeles,
Si cuando menos lo pensais, un soplo
Os arrebata en alas de la muerte?

¡Adoracion!... El hombre, tan pequeño,
Y en su vasto anhelar tan impotente,
Cuando al Autor del universo adora,
No con los labios, como el vulgo inerte,
Sino fijando en Él toda su alma,
Las aptitudes todas de su mente,
Experimenta un desarrollo nuevo
De sensaciones, de esperanza, y crecen
Sus facultades... Ese gran vacío
Poblado mira de infinitos seres,
De simpáticos grupos que le ayudan
Á resistir con ánimo valiente,
Ya los halagos del inmundo vicio,
Ya de indócil fortuna los vaivenes,

Y aunque apegado á este inferior planeta,
Sus destinos altísimos presiente.

Un dia... Apenas los primeros pasos
Comenzaba yo á dar en los verjeles
Del humano saber, y embebecido
Con la contemplacion, no vi las sierpes
Que se escondian bajo hermosas flores,
Prontas á escarmentar al que imprudente
Se lanzase á cogerlas... Su veneno
¡Ay! no tardé en sentir... Las auras leves
Me sofocaban, y arrastrando iba
Entre torturas la existencia endeble,
Una existencia sin color, inútil,
Sin fé... ¡Tan jóven, y aridez perenne
Solo viendo en redor!... Morir pedia,
Porque faltaba el contrapeso fuerte
Á mi fogoso espíritu, y vagando
Á la merced del huracan, juguete
Era infeliz de su rabiosa furia,
¡Burla y escarnio de su horror potente!
Mas, de improviso... ¿Cómo fué? Lo ignoro...
Me hallé inundado de una luz celeste,
De un resplandor vivísimo; mi alma
Dilatarse sentí; lloré á torrentes...
Mas era llanto de inefable dicha,
Incomprensible al que jamás lo vierte.

«¡Creo en Dios! ¡Creo en Dios!» grito glorioso
Que brotó de mi pecho y de mi mente...
«¡Creo en Dios! ¡Creo en Dios!» eco sublime
Que de entonces en mí resuena siempre.

¡Cuán sencilla es su alma! ¡Cómo esparce
Dulces afectos, sin que nunca aleves
Sombras enturbien su cristal, más puro
Que el purísimo espejo de la fuente!
¡Es mi hija! ¡Es mi Concha!... La inocencia
De un querubin en la mansion terrestre,
La hermosa imágen del deber surgiendo
De un cuerpo inmaculado, el blando ambiente
De matinal crepúsculo, los sones
Tiernos del aura cuando el dia muere!...
Si rie, en risa nuestro hogar se baña;
Si llora, en luto nuestro hogar se envuelve.
Es la alegría, es la tristeza... ¡Niña
Del corazon! ¿Por qué, por qué padeces,
Si esos quejidos que del pecho arrancas,
Arrancándome el alma están crueles?

¡Dios! ¡Dios del mundo! Tú lo sabes... Sufra,
Goce, me lance entre apiñadas gentes,
Me hunda en la soledad, allí, do quiera
Tu excelso nombre con sentidas preces

Por ella imploro, por mi dulce Concha,
Por la paloma de este pobre albergue,
Cuya salud es para mí la vida,
Cuyo penar es para mí la muerte,
Y que refresca con sus mansas alas
El vivo ardor de mi abrasada frente!

¡NO ME AMES TANTO!

Él es quien habla...
Mi dulce amigo,
Ricardo, el ángel
Por quien deliro,
El que en el mundo
Fué siempre el mismo
Para mis goces
Y mis martirios.
El que muriendo
Llevó consigo
Las ilusiones
De mi cariño.
Habla... y su acento
Eco es divino
De otras regiones,
De otros destinos.

«¡No me ames tanto!
Templa el ahinco
De tus deseos,
De tus suspiros...
Porque á mi lado
Tenerte ansío,
Y vivir debes
Para tus hijos.
¿No ves que aumentas
En mí el delirio
Con que te quiero,
Con que te miro?
¡Quizá murieras
Si á Dios lo pido!...
¡Son ¡ay! tan gratas
En este sitio
Las armonías
De los espíritus!...
¡No!... Vivir debes
Para tus hijos!»

Dice: su acento
Eco es divino
De otras regiones,
De otros destinos.

¡INTERCEDE POR MÍ!

Cuando inspirado me siento
Por tu memoria, hijo mio,
Rápido mi pensamiento
Me lleva al feliz momento
En que he de verte, y sonrío.

Sonrío, porque tú eres
Ángel delante de Dios,
Y en medio angélicos seres
¡Ay! inefables placeres
Disfrutaremos los dos.

¡Hijo! intercede por mí
En esa mansion sagrada;
Y si Dios la faz velada
Me muestra, ruégale, sí,
Que Él, si le ruegan, se apiada.

¡Oh qué brillo deslumbrante
Irradiará en las alturas,
Mientras acá, en este instante
Qne llaman vida, delante
Ve el hombre sendas oscuras!

Tú que entre esplendores moras,
Al borde me esperarás
De la tumba, y luego irás
Diciéndome cómo adoras,
Y á adorar me enseñarás.

Cuando su mortaja inerte
El espíritu abandone,
Y á la virtud alta y fuerte
Aureola inmortal corone,
¡Qué hermosa será la muerte!

Porque morir es nacer
Á destinos inmortales;
Es principio del saber,
¡Es el bálsamo á los males
De quien supo merecer!

¡Hijo! intercede por mí
En esa mansion sagrada;
Y si Dios la faz velada
Me muestra, ruégale, sí,
Que Él, si le ruegan, se apiada.

EL ANGEL CUSTODIO.

Cármen, espíritu puro,
Que en la celeste mansion
Ves al Espíritu excelso
Que los hombres llaman Dios,
Y entre querubes sonries,
Y bañada de esplendor,
Miras esta humilde tierra
Con ojos de compasion...
¡Cármen! El ángel custodio
Sé, por simpático amor,
De la que tanto quisiste
Y que tanto te lloró.
Te lo suplica su padre,
Su padre, que el corazon
Siente partido de pena,
Porque esa hija es la flor
Que perfuma sus hogares,
Y se le agosta veloz

Si con el Padre de todos
No vale tu intercesion.
Tú las eternas delicias
Disfrutas; en cambio yo
Surco el lóbrego desierto
De una vida de dolor,
Donde á alumbrar desventuras
Nace diariamente el sol.
Tú las gradas ya subiste
De la escala de Jacob,
Y junto al Ser de los seres
Recibes su bendicion;
Yo, en un valle de miserias,
Al pié de la escala estoy,
Y en lontananza diviso
Esa luz de perfeccion
Que á los ángeles corona
Y que á tí te coronó...
¡Válganme tus oraciones!
Que mucho alcanzan de Dios
Los que de espíritus puros
Cogieron el galardon.
¡Cármen! El ángel custodio
Sé, por simpático amor,
De la que tanto quisiste
Y que tanto te lloró.

SIMPATIAS DE ULTRATUMBA[1].

Apenas las auras se mueven,
El cielo estrellado comienza á lucir;
Rocío las plantas embeben,
El límpido arroyo se escucha gemir....

Y gimiendo resbala
Y á las flores regala
Amoroso frescor;
Y mezcla á sus pesares
Tristísimos cantares
El pardo ruiseñor.

Los ecos que blandos resuenan
Imitan suspiros, y un dulce vaiven
En las ondas se siente, que llenan
De aromas suäves tan mágico Eden...

---

(1) Alude á uno de los dos jóvenes cuyo temprano fin se lamenta en la composicion El moribundo.

Y el mundo es armonía,
Y cuando muere el dia
Nace la noche á amar...
Naturaleza toda
Para la eterna boda
Eleva eterno altar.

«¿No te acuerdas de mí?... ¡Yo te amo tanto!
Juntos nos vieron los amenos valles
De la Laguna y la Orotava, y juntos
En el retiro, en los lujosos bailes,
Del monasterio en los oscuros claustros,
Á orillas del Océano gigante,
Íbamos siempre un porvenir fingiendo
Cual conviniera á nuestros locos planes
De glorias, de ventura... ¡Ay! eran locos,
Pues se fundaban en cimiento frágil,
En el cimiento de la endeble vida
Que resistir no pudo los embates
Del huracan, y se deshizo en polvo...
¡Eso tu mundo y sus proyectos valen!
¿Te acuerdas de los juegos infantiles
Con la rizada espuma del Atlante
En las noches de estío? Di, ¿te acuerdas
Cuando mecerse en los tendidos mares
Vimos un buque, y yo exclamé:—Ese viene

Por mí?—Reiste. Me llevó, y lloraste!
¡Quién entonces pensara que las olas
Con que de niños en la quieta márgen
Del gigantesco Océano jugábamos,
Fueran la tumba do yací cadáver!
Lóndres me arrebató la poesía,
Secó el raudal de mi agotada sangre,
Y al abrirme la América sus brazos,
No era mi sombra... me faltaba el aire.
Pero, en mi corazon la fé vivia,
Y un horizonte me mostraba grande,
Y *hubo* momentos en que *vi* este mundo
Con sus puras delicias inefables...
¡Deseaba morir...! ¡Era mi aurora!
¡Con qué gozo interior pisé la nave
Que dió la vela á los Elíseos campos!
¡Iba á morir en mis queridos lares!
¡Iba á morir... mas sin volver á verlos!
Mi cuerpo el mar, mi espíritu los ángeles
Recibieron y... ¡Oh Dios! ¡Ventura inmensa!
Los que al frente venian, y anhelantes
La pavorosa niebla disiparon,
¡Eran mis tres hermanas y mi padre!»

Apenas las auras se mueven,
El cielo estrellado comienza á lucir;

Rocío las plantas embeben,
El límpido arroyo se escucha gemir...

«¡Qué resplandor despedian
De sus aéreos contornos!
Eran sus solos adornos
Las aureolas que ceñian.

Sobre la tierra elevados
Y blandamente mecidos,
Iban de la mano asidos
En grupos tornasolados.

Y sus pisadas ligeras
Seguí con ardiente celo,
Dejando ese triste suelo
Por las brillantes esferas.

¡Amigo! en mi nueva vida
Jamás me olvidé de tí,
Y en sueños me aparecí
Á tu mente descreida.

Entre mil dudas flotabas,
Y yo, padeciendo al verte,
Temia que al fin la muerte
Llegase mientras cegabas.

Mas un brillo repentino
Tu razon iluminó,
Y el porvenir te mostró
De tu espiritual destino.

Y al poblarse los desiertos
De la region azulada,
Cesaste de ver la nada
En el mundo de los muertos!

¡Qué dulces horas pasamos
Desde aquel sublime instante!
Si llamas, corro anhelante;
Si ruegas, juntos oramos.

Nuestra celeste amistad
Siembra el camino de flores...
¡Acabaron mis temores,
Y acabó tu soledad!

Cuando tu espíritu al seno
Vuelva, do mi amor exhalo,
No será espíritu malo,
Que será espíritu bueno!»

Los ecos más blandos resuenan,
É imitan suspiros, y un dulce vaiven

En las ondas se siente, que llenan
De aromas suäves tan mágico Eden...

Y el mundo es armonía,
Y apenas muere el dia
Nace la noche á amar.
¡Naturaleza toda
Para la eterna boda
Eleva eterno altar!

MISTERIO.

Huye la infancia, y con ella
Las ilusiones del niño;
Las ilusiones del hombre
Empiezan su falaz brillo
Á esparcir por la existencia,
Y las zarzas del camino
Son así menos punzantes,
Menos crueles los martirios.
¿Qué fuera sin ilusiones
El planeta en que vivimos?
El ambicioso imagina
Ver logrados sus caprichos;
El amante ya á sus plantas
Mira á su dueño rendido,
Y fabrica en su entusiasmo,
Aunque de naipes, castillos,
Que un leve soplo se lleva,
Cual la arena el torbellino.
El pobre sueña en las minas

Del Potosí, y el que es rico
Espera serlo á despecho
Del lujo y sus extravíos.
El poeta se figura
Que aventajará á Virgilio;
El pintor que del Ticiano
Va á ser rival preferido;
El aprendiz de filósofo
Deja atrás en su delirio
Á Newton, Leibnitz, Descartes,
Y grita, de orgullo henchido,
Que ya tiene entre sus manos
La panacea del siglo,
El remedio para todo,
La cuadratura del círculo... .
¡Ay juventud! ¡qué risueños
Cuadros te ofrece el destino!
¡Cómo los orlas de flores!
¡Cómo los pueblas de silfos!
Pero la edad de los sueños
Pasa, y su rápido giro
Esteriliza los campos,
Agota y seca los rios.
¿Por qué celeste misterio,
Por qué superior prodigio
Al morir sus ilusiones
No muere el hombre, Dios mio?
Y vive y goza!... Desiertos

Se le presentan sombríos,
Y rie al cruzar sus lomas,
Y se adelanta tranquilo
Á las puertas de la tumba,
Al borde del infinito!...
¿No será presentimiento
Del alma, que en sus instintos
Ve que la muerte no es muerte,
Porque no muere el espíritu?
¿No será que al acercarse
El momento decisivo,
Su inmortalidad ve el hombre
Irradiar en el empíreo?

LO INVISIBLE.

Inefable es la dulzura
Que por la atmósfera vaga;
Ni un rüido que deshaga
La uncion de noche tan pura.

¡Cómo brillan en el cielo
Luces que otros mundos son,
Y á do la imaginacion
Se remonta en raudo vuelo!

Mi espíritu en la armonía
Del universo gozando,
Va lo invisible buscando
Para calmar su agonía.

Porque en lo invisible escrito
El nombre de Dios se extiende,
Y sin verlo, se comprende
Á Dios en el infinito!

POR QUÉ NO MUERO.

¿Qué me quieres?—Vengo á tí
Para endulzar tu dolor.
—¿Quién eres?—Tu hijo mayor...
—¿Mi Plácido?—El mismo, sí.

—Llorando creo que estás,
Ángel mio!—¡Oh padre! lloro,
Porque en el celeste coro
No te veo...—Me verás.

—Lloro porque tú no mueres!
—Moriré.—¡Ojalá no tardes!
—Moriré.—¡Vanos alardes!
Ahí te retienen deberes...

—¡Dios!...—¡Y los lazos humanos
De un alma tierna, amorosa!
—¡Ah! sí.—Haces falta á tu esposa,
Y haces falta á mis hermanos.

ÉXTASIS.

Cuando en las noches de estío
Me siento solo á pensar,
Oigo á lo lejos sonar
Como el murmullo de un rio.

El misterioso rumor
Se convierte luego en voces,
Y miro sombras veloces
Girando á mi alrededor.

Pero pavor no me inspiran,
Porque es su rostro halagüeño,
Y en vez de quitarme el sueño
Al verme triste suspiran.

Son amigos de la infancia
Que me arrebató la muerte,
Y lamentan de mi suerte
La fatal perseverancia.

¡Son ángeles de inocencia
Que al pobre padre que llora
Como anuncio de la aurora
Envia la Providencia!

FORTITUDO.

¡No te abatas así! Mundo de prueba
Es, dulce amiga, el que nos cupo en suerte.
Si te falta el valor, vas á perderte...
¡Ay! ¡Cada dia es una lucha nueva!

¡No te abatas así!... Flor es la vida
Que da su aroma y se marchita luego;
Es mariposa que se lanza al fuego
Y yace entre pavesas consumida.

¿Quién de una flor en el aroma funda
Su confiänza, ó presuntuoso espera
En la mariposilla que ligera
Da vueltas á la luz y en luz se inunda?

Cuando al subir los encumbrados montes
El desaliento nos invade el alma,
Difícil es coger la ansiada palma
Y contemplar inmensos horizontes.

Cuanto más arduo el fin, goces más grandes
Coronarán ¡oh amiga! la victoria...
¿Qué son, al lado de la eterna Gloria,
El Teide, el Atlas, el Ural, los Andes?

EL AMIGO INVISIBLE.

Hijos, en la áspera via
Por do caminando vamos,
No siempre solos estamos;
Que un ángel Dios nos envia
Cuando con fé le imploramos.

Ese ángel, intercesor
Es entre el hombre y el Cielo,
Y acude á nuestro desvelo,
Y con su inefable amor
Alivio da á nuestro duelo.

Si ve que á abrumarnos va
El peso de la existencia,
Nos grita: —¡Valor! ¡Paciencia!
¡Que el premio mayor será
Si es mayor la penitencia!

Ese ángel al hombre avisa
Que desatentado y ciego
Prefiere el desasosiego
Del mal, á la blanda risa
Del bien; la blasfemia al ruego.

Le avisa con la dulzura
De un hermano cariñoso...
¡Su voz, eco misterioso
En esta mansion oscura
Es del Todopoderoso!

Hijos, en la áspera via
Por do caminando vamos,
No siempre solos estamos;
Que un ángel Dios nos envia
Cuando con fé le imploramos.

DIOS.

¡Qué grande eres, Dios mio! Querubines
Buscan tu sombra...

RICARDO MURPHY.

Cuando en los cielos brilla
Tu carro, emblema de inmortal victoria,
Todo ante tí se humilla,
Todo ¡Señor! para cantar tu gloria.

Publícanla los mundos
Que en el espacio indefinido vagan,
Y los mares profundos
Que pueblos mil en su ambicion se tragan.

El universo en coro
Himnos eleva á tu sagrado nombre;
Mas, su canto sonoro
No cierra el paso á la oracion del hombre!

Blanda brisa es tu aliento
Cuando apacible á los querubes llamas,
Es horrísono viento
Cuando irritado Omnipotente bramas.

Para arrullar tu sueño
Ola tras ola el Oceáno agita;
Para aplacar tu ceño,
¡Excelso Dios! la humanidad palpita.

En los ojos te miro
Del inocente que mi pecho adora;
Te escucho en el suspiro
Con que su madre tu favor implora!

En la ronca tormenta
Ruje tu voz; tu espíritu es el fuego
Que en la nube fermenta,
Y estalla, y brota en fecundante riego.

Sonries con la aurora
De un puro, hermoso, embalsamado dia,
Que el horizonte dora...
Y te entristeces con la noche umbría.

En la cándida fuente,
En el cristal del caudaloso rio,
En el volcan hirviente,
En la conciencia del mortal impío...

En el monte, en el llano,
En los tesoros que el abismo encierra,
En el vasto Oceáno,
En el furor de la sangrienta guerra...

En las acciones grandes
De un corazon que se conserva ileso,
Eñ el Teide, en los Andes...
Do quiera está tu augusto nombre impreso!

¡Perdóname, Dios mio,
Si osé cantarte en mi entusiasmo ardiente!
¡Señor! baje el rocío
De tu piedad á refrescar mi frente!

Si el universo en coro
Tu gloria ensalza y sacrosanto nombre,
Su cántico sonoro
No cierra el paso á la oracion del hombre!

ÍNDICE.

Páginas.

Páginas.

Se vende á 10 rs. en Madrid, librerías de Durán, Carrera de San Gerónimo, y de Lopez, calle del Cármen; en provincias, al mismo precio, haciendo los pedidos al autor, calle de Vergara, núm. 9, cuarto tercero, y librando el importe en letra de fácil cobro ó en sellos del correo.

En las Antillas y demás puntos de América, 1 peso.

